BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

RANCHO PERDIDO

185

Silver Kane

RANCHO PERDIDO



Silver Kane
RANCHO PERDIDO

Colección

HEROES DE LA PRADERA n.° 185 Publicación semanal Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 21.244-1973 ISBN 84-02-02524-2

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: julio, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona 1973

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.184. — La vuelta al mundo en ochenta muertos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

653. — Un pistolero de buena familia.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

570. — Especialista en jaque mate.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

183. — Mano muerta.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

Capítulo Primero
DOS FORASTEROS EN VIRGINIA CITY

Los dos hombres que en este momento paseaban por la calle principal de la floreciente y peligrosa ciudad, hubieran tenido que llamar por fuerza la atención en cualquier parte.

Ambos eran altos, fuertes, y con la piel agradablemente tostada por el sol. Tendrían como máximo unos veintiocho años, o sea que estaban en muy buena edad, según opinión de las mujeres, y además iban irreprochablemente vestidos, como dos auténticos caballeros de la mejor cuna.

Por encima de sus chalecos de seda floreada cruzaban gruesas cadenas sosteniendo los relojes, y a cada movimiento sus bolsillos sonaban tenuemente con un agradable ruidillo prometedor de monedas.

Cualquiera que los hubiese visto habría pensado inmediatamente: «He aquí dos tipos con suerte. Deben tener los bolsillos repletos de oro y habrán venido a Virginia City sólo a divertirse, porque aquí están las mejores bailarinas de todo el territorio».

Más de una jovencita había suspirado al pasar junto a ellos, pensando: «Uno de esos dos me convendría. Jóvenes, guapos, con dinero...»

Al pasar frente a los establecimientos, se daba el caso de que los dueños salían a la puerta y les saludaban respetuosamente, señalando las mercancías del interior.

—Tienen un aspecto muy reflexivo, caballeros. Si desean comprar algo no necesitan buscar más. Aquí está lo mejor de Virginia City.

Un armero les hizo la propaganda también:

—No llevan ustedes revólveres, caballeros, y se exponen a serios peligros. ¿Por qué no entran? Tengo aquí los mejores «Colt» de la ciudad.

Pero los dos hombres no hacían caso de aquellas sugerencias.

Eran como esos hombres con demasiado dinero en el bolsillo a quienes todo les parece poco, y que no se dignan entrar en ninguna parte.

Pero si los que les envidiaban hubieran podido oír su conversación se habrían quedado de piedra.

Porque los dos jóvenes reflexionaban sencillamente sobre cuál sería el mejor procedimiento para ingresar en la cárcel.

—Te aseguro que no podemos seguir así —decía Karl, uno de ellos—. El invierno va a echarse encima, ya hay nieve hasta en los puntos más bajos de las Rocosas, y dentro de poco, Virginia City quedará medio aislada. Empezará el hambre, como es normal en todas estas ciudades mineras. ¿Qué haremos, entonces? La cárcel es el único sitio donde uno está más o menos abrigado y donde dan de comer todos los días.

—Muy bien, Karl. Pero, ¿cómo entrar ahí justo para todo lo que dure el invierno?

—Eso es lo difícil. Si cometemos una barbaridad demasiado grande, nos ahorcan o nos encierran para muchos años. Si lo que hacemos es una tontería, nos encierran durante una semana, y nos echan fuera justamente cuando empiece a nevar. Es muy difícil encontrar el término medio.

Jim, el otro joven, se llevó una mano a la frente, dándose una palmada que por poco le hace saltar el sombrero de copa.

—¡Pero, qué idiotas somos, Karl! ¿Por qué pensar tanto? Debemos ciento cincuenta dólares en el hotel. Decimos que no tenemos un centavo y que no podemos pagarlos, y seguro que nos meten en la cárcel.

—A propósito de esto, lamento comunicarte una mala noticia, Jim.

—¿Qué clase de mala noticia?

—Julia, la hija del dueño, se ha enamorado de ti.

—¿De... quién?

—De ti, imbécil, de Jim McDonald. Se ha enamorado como si fuese una colegiala de dieciséis años.

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que acaso porque me ame en silencio una mujer llamada Julia no voy a poder ir a la cárcel?

—No te he contado lo peor. No sabiendo cómo demostrar su cariño, resulta que esa pobre muchacha ha puesto el «Recibí» en nuestra factura, y esta mañana me ha pedido con voz muy emocionada que te dijera que no debes un dólar.

—¡Diablo, pero eso es imposible!

—Me temo que ya sea una cosa irremediable.

—Muy bien, de todos modos no hay que preocuparse. Cuando esta noche llegue su padre de regreso del viaje y encuentre a faltar los ciento cincuenta dólares, decimos que los hemos robado nosotros.

—No podrás convencerle. Nos tiene por unos auténticos caballeros, y además, Julia asegurará que los ha perdido. Lo único que podremos hacer,, porque no está bien seguir aprovechándose de una situación así, es marcharnos del hotel. Y eso plantea todavía con más gravedad la pregunta: ¿Dónde diablos pasamos el invierno?

Jim se acarició pensativamente la barbilla, como si todo aquello le sumiera en un mar de confusiones.

—Desde que nuestras familias nos desheredaron rotundamente —dijo con un suspiro—, hemos ido de tumbo en tumbo.

Karl lanzó una carcajada.

—Lo bueno fue el motivo por el cual nos desheredaron, ¿recuerdas?

Jim rió también.

—Tú tuviste la culpa. La idea de que nos desafiáramos a revólver, al fin y al cabo, fue tuya,

—Sí, pero tú fuiste el que, en una reunión, mientras jugábamos una partida de cartas, empezaste a hablar mal de cierta dama llamada Elisa. Y yo tuve que arrojarte el guante a la cara, desafiándote a muerte, porque Elisa era mi hermana.

—¡Imbécil! ¡Te equivocaste! ¡Era la mía!

Los dos lanzaron al unísono otra carcajada al recordar aquello.

—Fue divertido —dijo Karl—. No sabíamos que cada uno de nosotros tenía una hermana llamada Elisa. Tú empezaste a criticar a la tuya porque no había querido hacerte un préstamo para jugar a los naipes, y yo creí que conocías a mi hermana y que en mi presencia la estabas insultando. En el desafío quedamos heridos los dos, y en nuestra maldita y puritana ciudad de Boston, hubo un escándalo. La consecuencia fue que nos desheredaron fulminantemente. Y fue entonces cuando nos enteramos de que habíamos cometido un cómico error.

Karl sacó su bolsa de tabaco, como si fuera a cargar la pipa, pero la bolsa estaba vacía. Al guardarla, con un gesto de aburrimiento, tiró sin querer de la cadena del reloj y ésta cayó al suelo. Pero al

caer, no produjo el sonido denso y macizo del oro, sino el sonido hueco del latón abrillantado. Además, a su extremo no había un reloj, sino una chapa de hierro.

Karl recogió a toda prisa aquella prueba comprometedora, mirando a todas partes por si alguien se había dado cuenta.

Afortunadamente, nadie habla presenciado aquello.

—Lo curioso y triste era que nos habían enseñado en Boston unos oficios muy bonitos —dijo Jim—. Yo era experto en joyas, y tú estabas a punto de ser arquitecto. Unos oficios que podían servimos de algo en Filadelfia o Nueva York, pero no en el Oeste. ¡Y tanto tú como yo queríamos llegar hasta el borde de las Rocosas, para saber lo que era la libertad!

—Queríamos saber cómo era la libertad y ahora resulta que estamos haciendo esfuerzos para entrar en la cárcel.

—Lo mejor sería intentar llegar hasta Nueva York, por ejemplo, y allí podríamos ganamos la vida.

—¿Tú sabes lo que cuesta el viaje?

—No, pero lo imagino. Una porrada de dólares.

—¿Los tienes tú?

—Toda mi fortuna asciende a veinte centavos. Si ahora tuviese revólver, no podría ni comprarme una bala.

—Al menos podíamos haber aprendido a jugar a los naipes. Hay mucha gente que sólo con eso se hace rica aquí.

—¡Pero si no sabemos distinguir un repóker de un trío de sietes! ¡Si la última vez que jugamos perdimos hasta la camisa!

—Podríamos intentarlo otra vez.

—¿Y qué apostaríamos? ¿La herencia de nuestro tío Jekyll, que fue el único que no nos desheredó?

—No sé por qué dices «nuestro tío Jekyll» —cortó Jim—, si solamente es tío tuyo.

—Recuerda que cuando emprendimos esta nueva vida acordamos poner todas nuestras cosas en común, incluso a los odiados parientes. De modo que tío Jekyll es tío de los dos, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, hombre, ninguno, pero ahora hay que ingeniárselas para que nos tengan en la cárcel al menos los tres meses de invierno.

Karl se llevó una mano a la barbilla.

—Tengo una idea.

—¿Una idea tú? ¡Qué acontecimiento!

—¿No ves allí al *sheriff?*

—Sí, ¿y qué?

—Muy sencillo, voy y le atizo un tortazo, y luego tú lo echas del porche a la calle. ¿Qué sucederá?

—Muy sencillo: que nos meterá en la cárcel a los dos y nos tendrá allí tres meses al menos. El *sheriff* es un tipo de malas pulgas. No perdona a nadie, y hay varios fulanos recién salidos de la cárcel que han jurado matarle en cuanto puedan.

—Pues creo que hemos dado con el procedimiento indicado. ¡Vamos allá!

Y los dos amigos, muy decididos, balanceando los brazos, se dirigieron en línea recta hacia el *sheriff.*

Este estaba quieto, dando rabiosas chupadas a una pipa que no quería tirar, y tenía un aspecto más enfurruñado que nunca.

Karl se detuvo a unos cinco pasos de él.

Respiró con fuerza, tomó impulso y gritó:

—¡Allá voy, *sheriff*! ¡Prepárese!

Saltó ágilmente los cinco pasos que le separaban del de la estrella y le propinó un bofetón que resonó en toda la calle, haciéndole dar dos vueltas sobre las tabas de porche.

En ese momento, viniendo desde la acera contraria, sonó un disparo y una bala de rifle se clavó en la fachada de la más cercana casa, pero Karl ni siquiera le prestó atención.

Jim, que venía lanzado, levantó rapidísimamente al *sheriff,* que aún rodaba sobre las tablas, y con las dos manos lo empujó como un tronco hasta hacerlo rodar desde el porche al polvo de la calle.

Justo en ese instante, dos balas de rifle más se clavaron en las tablas del porche.

Vieron que en la acera contraria un tipo con un «Winchester» se disponía de nuevo a parapetarse tras la baranda, después de haber fallado los tres disparos que acababa de hacer.

Al ver a aquel individuo, Karl y Jim se quedaron con la boca abierta.

El *sheriff,* que era un tirador infalible, se revolvió en el suelo, sacó su «Colt» con un movimiento centelleante e hizo un solo disparo.

El del «Winchester» se quedó tieso, paralizado, y de pronto se

empezó a formar un botón rojo en el centro de su frente.

Lanzó un breve grito y cayó sobre los escalones del porche, muerto.

Karl dijo:

—Bueno, esto le habrá puesto de peor humor aún. Seguro que nos encierra.

Pero Jim gruñó:

—No sé por qué, me parece que esto también nos ha salido mal.

Acababa de ver la cara radiante con que el *sheriff,* al levantarse, se había vuelto hacia ellos.

—¡Genial…! —gritó el representante de la ley—. ¡Nunca he visto una cosa tan bien hecha y con tanta rapidez! ¡Su maravillosa decisión me ha salvado la vida! ¡Pero qué ojo tienen ustedes! ¿Cómo han podido ver que Liman estaba parapetado y que iba a acribillarme con su rifle?

Jim quiso reír, pero sólo le quedó una risita de conejo.

—¡Huy! Si supiera usted la vista que tenemos, *sheriff,* se asombraría. Donde ponemos el ojo ponemos la plancha.

—Querrá decir la bala.

—Yo sé lo que me digo.

Karl, quien no lo consideraba todo perdido, insistió:

—Pero, de todos modos, usted tiene motivos para estar enfadado, *sheriff.* Le hemos atizado muy fuerte.

—¡Qué cosas tienen ustedes! Lo que más me gusta es su buen humor, amigos. ¿Creen que si llegan a empujarme con un dedito me hubieran sacado tan velozmente de la línea de tiro? ¡Ni hablar! Hacía falta un sopapo como el que me han dado, un sopapo que me hiciera rodar por el porche. No saben ustedes lo traidorzuelo que era Liman y lo bien que tiraba. Un segundo más tarde y hubieran tenido que trasladarme a la funeraria.

—Pero, verá, *sheriff,* nosotros…

—Sí, sí, ya sé lo que van a decirme: que no necesitan ninguna recompensa en metálico porque son ricos. De acuerdo, yo mismo comprendo que darles dinero sería casi una ofensa.

—Bueno, nosotros no nos ofendemos… —susurró Karl—. ¡Si supiera! Tenemos muy buen carácter.

—La modestia brilla en sus palabras —gritó el *sheriff,* contento al ver que la gente iba congregándose a su alrededor—. No les

molestaré con una recompensa en metálico, que sería lo adecuado para otras personas menos distinguidas, pero sí les prometo que, ocurra lo que ocurra, ustedes no irán a la cárcel mientras permanezcan dentro de los límites de esta ciudad. ¡Es lo menos que puedo hacer por dos auténticos caballeros!

Karl y Jim sintieron que se les secaba la boca.

—Pero, *sheriff,* eso no es justo. Si nosotros cometimos un delito, deberíamos pagar por él.

—Es ridículo pensar que personas como ustedes, que ni siquiera llevan armas, puedan cometer un delito.

—Podríamos..., ejem..., podríamos entrar, por ejemplo, en el restaurante de la señora Rickett, que es el mejor de la ciudad, y después de comer negarnos a pagar la cuenta.

El *sheriff,* lanzó una carcajada, que algunos de los testigos corearon rápidamente.

—¿Que ustedes se negarían a pagar la cuenta? ¡Pero si Julia, la heredera del hotel donde se hospedan, va asegurando por ahí que a ella han querido pagarle anticipadamente! No digan tonterías, caballeros, ni hablen de cosas que no pueden suceder.

—Todo es posible en este mundo —dijo Jim, con una luz de esperanza en los ojos.

—Pues bien —gritó el *sheriff,* lanzando otra carcajada—, si cometen un delito tan idiota como ese del que están hablando, les meto en la cárcel sin remisión y no vuelven a salir hasta la próxima primavera! ¡Uf! ¡Qué absurdo! ¡Pensar que ustedes puedan negarse a pagar una cuenta!

Karl, casi con lágrimas de alegría en los ojos, musitó:

—Gracias, *sheriff.* ¡Qué bonita debe resultar la primavera, después de un invierno metido en la cárcel!

—¡Eso ustedes no lo sabrán nunca!

Y lanzando otra carcajada, hizo un alegre saludo con el brazo antes de dirigirse a la acera contraria, donde aún estaba el cadáver de Liman, sin que nadie le hubiera hecho maldito el caso.

Al ver que el *sheriff* se encaminaba hacia allí, en todos los espectadores nació ese espíritu morboso que hace que interese más la visión de un muerto que la de dos vivos. Por consiguiente, un minuto después, el grupo se había trasladado de sitio y ya nadie se acordaba de Karl ni de Jim.

Este último dio un codazo a su amigo.

—Ya lo sabes. Todo el mundo ha oído lo que el *sheriff* decía. Por lo tanto, tendrá que cumplir su palabra, y nosotros sólo hemos de hacer una cosa.

—¡Ya sé! ¡Ir a comer inmediatamente al restaurante de la señora Rickett y negarnos a pagar la cuenta...!

Sin pensarlo más, los dos amigos se encasquetaron sus sombreros con elegante gesto y se encaminaron al local de la señora Rickett, un sitio demasiado elegante para una ciudad como Virginia City, en el cual era fama que se comía igual que en París, aunque eso de París, la mayoría de los clientes no sabían si estaba en Nevada, en Arizona o en las orillas del Mississipi.

A pesar de que el restaurante estaba casi en el otro lado de la población, llegaron a él sólo cinco minutos más tarde. Era todavía una hora temprana para la comida, y el local estaba vacío.

Sé sentaron a una mesa y Jim dijo al camarero:

—Tráiganos la carta.

Una vez la tuvo ante los ojos, sólo le dirigió una mirada lejana y superficial.

—Puede servirlo todo.

—¿Cómo dice?

—He hablado con claridad, amigo. «Todo» quiere decir que comeremos la totalidad de los platos que hay señalados ahí, aunque la mitad sean de sopa y la otra mitad de huevos con jamón. Tenemos mucho apetito. Sirva usted y no se preocupe por el gasto.

—Desde luego que no, caballeros. Y les aseguro que nuestra carta es tan variada que no notarán ningún plato repetido. Además, les serviré vino especialmente traído desde California.

—¡Naturalmente que sí! Y del más caro.

Unos instantes después, los dos amigos estaban ante una montaña de suculentos platos, que terminaron alegremente pensando que durante todo el resto del invierno tendrían que conformarse con el rancho de la cárcel.

La comida duró más de dos horas. Entretanto, el restaurante se fue llenando de clientes, todos pertenecientes a lo más distinguido de Virginia City, aunque nadie vestía tan bien como aquellos dos amigos que no tenían un dólar.

Cuando terminaron de comer, el camarero ofreció:

—¿Café? ¿Licores? ¿Cigarros?

—¡Oh, claro que sí! No hay comida que valga la pena si no termina con esas tres cosas. Sirva usted, sirva, y traiga siempre de lo más caro que haya. Nada de ahorrar, ¿eh?, nada de ahorrar.

—Les prometo que no vamos a escatimar cinco centavos, caballeros. ¡No faltaría más!

Después de saborear el café y el brandy y terminar sus cigarros, los dos amigos se abrocharon las levitas y pusieron las manos sobre la mesa, como si esperaran a que allí mismo les pusieran los grilletes.

Normalmente, después de aquella comida, los dos hubieran tenido que estar radiantes y sudorosos de satisfacción. Pero no. La verdad era que estaban sudando de frío.

—La cuenta —pidió Karl.

El camarero hizo unos números y a continuación les tendió una notita doblada.

—Ciento veinte dólares, todo comprendido, caballeros.

Jim infló el pecho, como dándose ánimos.

—Bueno, pues...

No se atrevió a continuar. Karl dijo por él:

—...¡Pues no pensamos pagarla!

—Claro, caballeros.

El amable camarero sonreía.

—¿Qué dice? —gruñó Jim.

—He dicho: «Claro, caballeros». Nada más.

—Es que temo que usted no nos haya entendido bien. Lo que hemos querido significar con nuestras palabras es que no pensamos pagar ni un dólar de los ciento veinte a que asciende esta cuenta.

—Nadie les obliga a ello.

—Bueno, lo que usted seguramente quiere decir es que nos dan crédito, para que paguemos más adelante. Pero no es eso, entiéndame. No pensamos pagar ni ahora ni nunca. Sencillamente, lo único que puede usted hacer es llamar al *sheriff,* decir que aquí hay dos sinvergüenzas y pedirle que nos meta en la cárcel. Le prometemos que mientras usted lo busca no trataremos de escapar.

—No daremos ni un paso hacia la puerta.

El camarero, que les había escuchado en silencio y con una sonrisa, lanzó de pronto una carcajada.

Tanta gracia parecía tener la situación para él, que tuvo que llevarse las manos a la cintura y empezó a retorcerse de risa, como si aquello fuera lo más cómico del mundo.

—Pero…, ¿qué ocurre? —farfulló Jim, pensando que no era posible que aquello también les hubiese salido mal.

—Son ustedes unos grandes bromistas —dijo el camarero, cuando pudo dominar su ataque de hilaridad—. No sé qué es lo que se traen entre manos, pero sí les puedo asegurar que hoy no pagan. Es el cumpleaños de la señora Rickett, y me ha dicho esta mañana que las dos primeras personas que entraran aquí a comer serían invitados de la casa.

Karl se llevó la mano a la garganta, como si de repente el cuello de la camisa le apretase.

—Bueno, ¿eso quiere decir… que podemos marcharnos?

—No hay prisa. Si quieren tomar algo más, les serviré con sumo gusto.

—Dígame —explotó Jim—, ¿qué cuerno hay que hacer en esta ciudad para que a uno le metan en la cárcel?

—Siguen estando de broma. ¡Qué tíos más graciosos!

—Sí, sí, graciosos… Pero, ¿cómo vamos a arreglarnos?

En este momento, el más joven empleado de la oficina de Telégrafos de Virginia City entró sudoroso en el local y se dirigió a ellos en línea recta.

—¡Hum! Cuánto me ha costado encontrarles… Acaba de llegar un telegrama urgente. Tomen.

Les tendía una hoja doblada, que Karl desdobló con gesto de pesimismo.

—Otro acreedor —dijo en voz baja—. Seguro.

Pero el telegrama decía algo muy distinto de lo que esperaban. Su texto decía:

«Tío Jekyll, muerto asesinado. Quedan ustedes nombrados herederos de su rancho. Firmado, notario Finegan.»

Capítulo II
UN RANCHO EN LA LLANURA

Una vez estuvieron en la calle, Jim pudo recobrar el habla del todo y preguntó:

—¿Quién diablos es ese notario llamado Finegan, el que firma el telegrama? ¿Desde dónde lo envía? ¿Cómo sabía que estábamos aquí?

Karl se echó ligeramente el sombrero sobre la nuca, con ademán preocupado.

—El notario Finegan era una especie de hombre de confianza de tío Jekyll. Vive en Phoenix, Arizona, no demasiado lejos de donde debe estar el rancho. Yo le había escrito cartas alguna vez antes de tener que marcharme de Boston.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí y por qué dice que «los dos» somos herederos?

—Al marchar de Boston, yo escribí a tío Jekyll explicándole lo que ocurría —dijo Karl— y dándole cuenta de que tú y yo habíamos decidido poner en un fondo común todo lo que nos perteneciese. Seguramente por eso ha ahorrado trámites nombrándonos directamente herederos a los dos. En cuanto a saber que estábamos aquí, no es difícil, teniendo en cuenta que las deudas que vamos dejando señalan nuestro paso como un reguero de pólvora.

Permanecieron silenciosos los dos durante unos instantes, como no atreviéndose a abordar la cuestión clave, la que realmente y de verdad les afectaba.

—El telegrama anuncia que tío Jekyll ha sido asesinado —susurró Karl—. ¿Quién ha podido hacerlo? ¿Y por qué?

—No puedo contestarte a esas preguntas, muchacho. Yo menos que nadie, puesto que no le conocía. Pero si ese crimen se ha cometido realmente, averiguaremos quién es el autor yendo al rancho y hablando con la gente que rodeaba a tío Jekyll.

—No le rodeaba nadie. Vivía solo.

—¿Solo completamente? Eso sí que no lo entiendo. ¿Y quién le hacía las labores del rancho?

—Creo que nadie. El rancho parece ser enorme, pero sólo estaba explotada una mínima parte de él: aquella que tío Jekyll podía

trabajar con sus propias manos. Pocas cabezas de ganado, unas hortalizas, unos cuantos árboles frutales, y para de contar,

—¿Sabes qué significa eso, Karl?

—No. ¿Qué?

—Tierras que no han sido cultivadas durante años y que, por tanto, están en disposición de producir magníficas cosechas. Zonas enormes de pastos que ningún ganado se ha ocupado de devorar. Eso, traducido al lenguaje práctico, significa un rancho riquísimo en cuanto alguien se disponga a hacerlo producir. Y un rancho riquísimo se define, ni más ni menos, que con una sola palabra: ¡Dinero!

Como si el mágico nombre hubiera sido un amuleto, no había acabado Jim de pronunciarlo cuando surgió ante ellos la figura pequeña, esmirriada y, sin embargo, solemne del abogado Paulker, que era quien tenía la humorada de dirigir todas las obras benéficas en una ciudad tan salvaje como Virginia City.

—Caballeros —dijo—, hace tiempo que pensaba dirigirme a ustedes, como a dos de las personas más ricas y distinguidas de esta ciudad...

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Karl—. ¿Distinguidas y qué más?

—Ricas.

—¡Ah, ya! Claro. Uno se olvida a veces del dinero que tiene. Perdónenos. ¿En qué podemos servirle?

—Seguramente, sabrán que en esta ciudad va a abrirse un hospital con una nave dedicada a asilo de huérfanos.

—¿Un hospital? Pues no, no lo sabíamos... Pero sin duda es una gran idea. ¿Qué hemos de hacer? ¿Quiere usted que nos pongamos enfermos para inaugurarlo?

—¡Qué graciosos son ustedes!

—No lo sabe bien.

—Lo que pretendo de ustedes es otra clase de ayuda, caballeros, puesto que enfermos y huérfanos no faltarán. Quisiera que, al igual que todas las personas distinguidas de esta ciudad, se comprometieran ustedes a ayudarnos con una pequeña suma. Pongamos... dos mil dólares.

—¿Dos mil qué...? —casi gritó Jim, palideciendo.

—Dólares. Una bagatela. Dos mil. Menos de lo que valen esas magníficas cadenas para sostener sus relojes de oro macizo.

Karl resolvió en seguida cambiar de conversación, no fuese que al tipo aquel se le ocurriera preguntarles la hora.

—Verá, nosotros, con sumo gusto, les ayudaríamos, pero es que en este momento...

—¡Oh! Ya comprendo que no llevarán el dinero encima —se apresuró a tranquilizarles el abogado—. Las personas verdaderamente ricas no suelen llevar su fortuna en el bolsillo, entre otras razones porque no les cabría. Pero si ustedes tienen que vender valores u ordenar una transferencia bancaria, no deben preocuparse aún por el hospital. No necesitamos ese dinero hasta dentro de un mes, y únicamente les hemos molestado para saber si podríamos contar con ustedes.

Los dos amigos se quedaron pálidos como muertos, con la sensación de que la ciudad entera empezaba a dar vueltas alrededor suyo. Por fin fue Jim el que dio el codazo a Karl, diciendo:

—¡El rancho!

—¿Qué rancho? ¿El de la cárcel?

—¡No, animal! ¡El de tío Jekyll!

—¡Ah, claro! Señor Paulker, estamos en disposición de ayudarle —dijo Karl, animándose súbitamente—. Acabo de recordar que somos más ricos de lo que pensábamos, por lo cual podemos contribuir a su suscripción con algo así como tres mil dólares.

—¿Ca..., cada uno?

—Bueno, cada uno —dijo Jim, haciendo un gesto de emperador romano—. No vamos a discutir por minucias. Seis mil dólares que estaremos en disposición de pagarle dentro de treinta días, mediante transferencia bancaria, que le impondremos desde cualquier Banco de Arizona.

—Son ustedes muy generosos. ¡Las personas más generosas que he podido encontrar, caballeros! ¡Virginia City estará orgullosa de ustedes y algún día les honrará rotulando una de las calles con su nombre!

—Sí. La calle que conduzca a la cárcel o al cementerio.

Paulker, izado sobre las puntas de sus zapatos, ni siquiera les oía.

—Por cierto, va a fundarse también una escuela que, como es natural, está necesitada de fondos. Ya que ustedes son tan ricos, ¿no podría enviarles a la señora Thompson, la directora, quien hará otro llamamiento a su generosidad en bien de la enseñanza?

—Envíela. Claro que sí, no faltaba más. Que venga la señora Thompson con todos sus alumnos, si quiere. Puedo prometerle que no se irá con las manos vacías.

—Gracias, caballeros, gracias. Si ustedes fuesen unas damas, les besaría los pies.

—Si fuésemos unas damas, ya habríamos tenido que ponernos a actuar como coristas de un *saloon* para pagar el hotel —dijo Jim.

Pero el abogado Paulker, quien se alejaba dando saltitos con sus pequeños pies, ya no podía oírles.

De pronto, Karl reaccionó y dio un codazo a Jim.

—¿Te das cuenta? ¡Debemos seis mil dólares!

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Yo soy tan optimista como tú, amigo, pero pensando bien las cosas, no sé de dónde vamos a sacar una suma tan importante.

—Se ve que tú no tienes idea de lo que puede producir un rancho.

—Más o menos...

—Un rancho cuya tierra nunca haya sido cultivada posee una capacidad de producción que asombra —dijo Jim, quien presumía de entender de tierras—. Los pasitos vírgenes pueden alimentar a miles y miles de cabezas de ganado, que, transportadas al Norte con los nuevos ferrocarriles, significan. una lluvia de dólares. Yo vi una vez un rancho así, en Oklahoma, y su dueño ganaba... ¡más de trescientos mil pavos al año, deducidos todos los gastos de explotación!

—Si nosotros ganáramos sólo la mitad...

—Imagínate. Ciento cincuenta mil dólares significan setenta y cinco mil para cada uno. ¿Qué importa, delante de eso, que regalemos cuatro o cinco mil dólares para buenas obras?

Karl afirmó con la cabeza, plenamente convencido.

En ese momento vieron llegar desde el otro lado de la calle a una especie de máquina de ferrocarril escoltada a gritos por cuatro o cinco chiquillos.

Al tenerla más cerca se dieron cuenta de que aquella máquina de ferrocarril era la señora Thompson, una maestra solemne, imponente, pesando más de cien kilos y lanzando unos bufidos estremecedores. Y los chiquillos que la acompañaban lanzando

gritos debían formar parte de sus bien educados alumnos.

—¡Caballeros! ¡Almas caritativas! —exclamó la señora Thompson, casi lanzándose a sus pies—. ¿Son ciertas las palabras celestiales que acabo de oír de labios del insigne abogado Paulker? ¿Es verdad que ustedes van a construir una nueva escuela?

—Bueno, tanto como construirla...

—Me han dicho que van a contribuir con una importante suma al levantamiento del nuevo edificio.

—Sí —dijo Karl, cautelosamente—. Unos quinientos dólares...

—¡Caballeros, al abogado Paulker le han dado ustedes mucho más! ¡La escuela necesita su ayuda! ¿No ven ustedes a estos angelitos tan bien educados? ¿Se imaginan lo felices que serán dando clase?

Uno de los angelitos, en aquel momento, hacía funcionar su tiragomas, disparando contra la cara de una vieja. Pero la señora Thompson ignoró aquel ataque haciendo un mohín.

—Los pobrecitos han adquirido ya muy buenas costumbres y no deben perderlas —dijo, sujetando casi por las solapas a Jim—. ¡En cuanto tengamos el nuevo edificio, todos los niños de Virginia City podrán adquirir una maravillosa cultura en la escuela!

—Está bien, pondremos dos mil dólares cada uno —dijo Jim, temeroso de que la señora Thompson le agarrase de verdad por las solapas.

Pero sucedió algo peor. La señora Thompson, entusiasmada, fue a abrazarle.

—¡Tres mil! —gritó Jim, aterrorizado, dando un salto hacia atrás.

La señora Thompson lanzó un grito de júbilo, haciendo una seña hacia la próxima esquina, por donde en ese momento se acercaba al trote el abogado Paulker y un sujeto tan pequeño y tan birria como él.

—Les presento al notario Topper —dijo Paulker solemnemente —. El tomará nota de las cantidades que ustedes ofrecen, las cuales necesitamos tener seguras porque inmediatamente empezaremos a hacer gastos. Lo comprenden, ¿no?

Karl tragó saliva.

—Claro que lo comprendemos.

—¡Ejem! Ustedes han ofrecido tres mil dólares cada uno para el

nuevo hospital —dijo el notario Topper, apuntando en una hoja de papel sellado—. ¿Cuánto le han ofrecido a usted, señora Thompson?

—¡Tres mil más!

—Tres mil multiplicado por dos más tres mil multiplicado por dos hacen doce mil dólares —dijo el notario, apuntándolo todo en su bendito papel—. ¿Cuándo piensan pagar esa suma, caballeros?

Karl miró a Jim.

—Dentro de un mes —dijo Jim—. Las cuatro tonterías que encontremos en el rancho valdrán siete veces más.

—Muy bien, caballeros; su generosidad les honra. ¿Tienen la amabilidad de firmar aquí?

Los dos amigos firmaron al pie del documento, empleando la pluma de ganso que el notario les prestó, y mojando su punta en un pequeño estuche-tintero que el propio notario había sacado de uno de sus bolsillos. Fue en aquel momento, al ver que de verdad se comprometían a pagar doce mil dólares, cuando los dos amigos sintieron como un escalofrío en la espalda.

Pero pronto su optimismo renació, al pensar en los enormes beneficios que iban a obtener del rancho de tío Jekyll.

Lo único que aún conservaban de valor eran sus equipajes, dos hermosas maletas de piel de lagarto que el abuelo de Karl había comprado durante un viaje a América del Sur. Las vendieron y pudieron obtener dinero suficiente para trasladarse en diligencia hasta Phoenix, en Arizona.

Después de prometer a Julia que le pagarían hasta el último céntimo de lo adeudado en el hotel, se largaron de Virginia City a la mañana siguiente.

Julia se hartó de decirles que ella no quería dinero, sino amor, pero al grito de «el deber nos reclama», los dos amigos emprendieron el viaje hacia el Sudoeste.

Previamente habían escrito al notario Finegan pidiendo instrucciones, y enviaron la carta por una diligencia anterior y mucho más rápida, puesto que iba directamente a Phoenix. A mitad del camino, en una casa de postas, encontraron la breve respuesta del notario Finegan:

««Ustedes llegarán el día 13 a Phoenix, salvo contratiempos. Yo pasaré el día en el rancho de su difunto señor tío, de modo que búsquenme allí. El lugar se llama Rancho Perdido, está al sur de la

población y podrán encontrarlo fácilmente preguntando en cualquier parte, pues es muy conocido. Cuando nos veamos tendré mucho gusto en informarles de la situación de la herencia, anticipándoles que ésta no es complicada, pues en su testamento, el difunto señor Jekyll les dejó simplemente el rancho para que lo disfrutaran libremente y sin ninguna condición.»

Karl leyó la carta y dijo:

—El día 13 es pasado mañana, ¿no?

—Justo.

—No me hace maldita la gracia llegar el día 13 al sitio donde asesinaron a tío Jekyll.

—¡No seas supersticioso, hombre! Eso no. tiene ninguna importancia. Llegaremos allí y el notario Finegan ya nos entregará seguramente un cheque. ¡Animo y a vivir!

Efectivamente, el día 13 llegaron sin novedad a Phoenix, la ciudad quizá más brillante de Arizona, y también la más peligrosa.

Pronto se dieron cuenta de que si en Virginia City había sido peligroso ir sin revólver, en Phoenix más. En Virginia City, durante el poco tiempo que ellos permanecieron allí, hubo un *sheriff* enérgico y decidido a colgar a media ciudad si alguien se sobrepasaba. En cambio en Phoenix había actualmente un *sheriff* benévolo y distraído, que antes de detener a nadie lo pensaba siete veces. Y los pistoleros prosperaban allí como si la ciudad hubiese sido creada para ellos.

Puesto que no tenían dinero para comprarse unos revólveres y allí los conflictos surgían a cada paso, decidieron no permanecer más tiempo en la ciudad, no fuera que se quedasen allí para siempre, en el hermoso cementerio que comenzaba a extenderse al pie de una colina.

—Vamos a Rancho Perdido —decidió Karl.

El camino no les fue difícil encontrarlo. La primera persona a quien preguntaron —un vejete que fumaba su pipa en un porche— les informó.

—Rancho Perdido lo encontrarán siguiendo hacia el sur la ruta de las diligencias que van a México. No pueden equivocarse, porque hay incluso un par de indicaciones.

—¡Caramba! ¡Sí que está todo bien organizado!

—Es que es el rancho más grande de la región.

—¿Lo ves, burro?

—¿Y… sacaba mucho dinero el viejo Jekyll? —preguntó Karl, bastante más prudente.

—El viejo Jekyll se pasaba la vida de borrachera en borrachera y no se preocupaba de su rancho. Sacaba justo lo suficiente para vivir. Aquello se puede decir que no ha sido trabajado nunca.

—Ah, ¿no? ¡Entonces todo se confirma! —exclamó jubilosamente Jim—. ¡En cuanto aquello se explote, producirá maravillas!

—¿Es que son ustedes los nuevos propietarios del rancho? —preguntó el vejete—. ¿Son los sobrinos de Jekyll?

—Los mismos.

—Entonces podrán entrar en posesión de aquello inmediatamente. Todo Phoenix sabe que les pertenece.

—¡Sin ninguna complicación legal! —dijo Jim, más contento cada vez—. ¡Listo para empezar a trabajar inmediatamente! Y diga…, ¿qué fue lo que le ocurrió exactamente a tío Jekyll?

—Que lo asesinaron.

—¡Pobre tío Jekyll! Deberíamos ir a rezar ante su tumba. ¿Podría indicarnos dónde está enterrado?

—No está enterrado todavía —dijo el vejete, dando una larga chupada a su pipa.

—¿Cómo? ¿Dice que no está enterrado? ¿Por qué?

—Sencillamente, porque su cadáver no ha sido encontrado todavía.

Capítulo III
EL FANTASMA

Cuando Jim y Karl avistaron aquellas inmensas llanuras que no tenían fin, el primero gruñó:

—¡Diablos!

Karl se volvió hacia él.

—¿Qué te ocurre?

—Llevamos dos horas a caballo y esto no se termina nunca. Es enorme como un mar y liso como la palma de la mano. ¿Seguro que todo esto forma parte de Rancho Perdido?

—Seguro.

—Pues es mucho más grande de lo que yo creía.

—Pero, ¿te has fijado en la tierra?

—No. ¿Qué sucede con ella?

Karl la señaló en toda su extensión, haciendo un amplio gesto con su brazo derecho.

—Mírala bien, y si te parece, la tocas para convencerte. Es la tierra más seca, pobre y miserable que he visto en mi vida. No hay en ella una planta, un árbol ni una miserable brizna de hierba. Tampoco hay una gota de agua. ¿Cómo diablos van a pastar los animales aquí y cómo se van a recoger buenas cosechas?

—Lo que ocurre es que tú eres un pesimista.

Pero a pesar de sus palabras, Jim se había dado cuenta ya de cómo era la tierra de aquel rancho, y la verdad era que estaba de acuerdo con su amigo: de allí no habría quien sacase un dólar de provecho, aunque trabajara cien años.

De todos modos, aún intentó ver el lado bueno de las cosas.

—Muchos ranchos están formados por diversas clases de terrenos —dijo—, unos fértiles y otros que parecen improductivos y secos. Estos últimos suelen emplearse para cultivar cereales. Verás cómo más adelante encontramos prados de fresca hierba, con docenas de vacas paciendo en ella. Hasta que veamos el edificio principal del rancho no te desanimes.

Vieron el edificio principal del rancho media hora más tarde.

Y la verdad era que si hasta entonces no habían tenido ganas de reír, ahora tuvieron ganas de llorar.

El rancho constaba sólo de un edificio de una planta, construido con maderas que ahora estaban desvencijadas y por entre las que se oía silbar el viento. El techo era también de tablas, todas ellas tan mal unidas que cada ráfaga de viento las hacia batir como un concierto de tambores. El porche estaba a punto de hundirse y, en fin, parecía como si cualquier noche de tormenta el rancho entero hubiese de salir volando y hecho pedazos a través de la llanura.

Los dos amigos detuvieron a media milla del edificio los caballos que habían alquilado en Phoenix.

—Desde aquí se oye el crujido de todas las tablas —dijo Karl—, y eso que estamos a mucha distancia. ¿Crees que ese edificio podrá resistir una noche de viento?

—No —dijo Jim, con pesimismo—. Lo siento, pero tengo que reconocerlo. Al menos hace quince años que ahí no se ha reparado ni una tabla. Todo se hundirá en cuanto sople un vendaval.

La verdad era que la impresión que causaba aquel rancho era desoladora.

La noche había empezado a caer, y la llanura estaba llena de extrañas sombras que parecían moverse. La tierra había adquirido un color misterioso y daba la sensación —no se sabía por qué— de que bajo ella había docenas de tumbas. Frente a los ojos, el edificio del rancho era como uno de esos lugares que se ven en sueños y donde habitan los fantasmas.

—¡Ejem! —musitó Karl—. Y el cadáver de tío Jekyll no ha sido encontrado aún…

Jim le miró.

—¿Por qué has pensado eso?

—La verdad, no lo sé.

—Es que yo estaba pensando lo mismo.

—Debe ser la noche. Todo esto es muy siniestro. Nunca hubiera creído que esta parte de Arizona fuese así.

—Arizona no es así. Lo que ocurre es que este lugar está maldito por todos los demonios, y por algo deben llamarlo Rancho Perdido. A buen sitio hemos venido a parar.

—Bueno, no hay que desalentarse antes de tiempo. Veremos qué nos dice el notario Finegan.

—Yo aún sigo creyendo que tendrá preparado un cheque.

El notario Finegan estaba en el porche, con una escopeta de dos

cañones sobre las rodillas y fumando lentamente una pipa.

—¡Alto...! —les gritó, cuando estuvieron a unos veinte pasos.

Los dos amigos, que seguían sin llevar armas, desmontaron de sus caballos y se acercaron poco a poco a la casa, manteniendo los brazos bien visibles para que se notara que sus intenciones eran pacíficas.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó el notario desde el porche—. ¿Se llaman Karl y Jim?

—Los mismos.

—Entonces acérquense. Los estaba esperando.

Mientras se aproximaban, el notario encendió un raquítico farol de petróleo que colgaba del porche, y así los dos amigos pudieron verle bien cuando estuvieron a unos pasos. Era un tipo de unos cincuenta años, todavía fuerte, con grandes bigotes negros y mirada penetrante.

—Buenas noches —les dijo—; soy el notario Finegan.

—Nosotros somos Karl y Jim, como le hemos dicho. Los herederos del señor Jekyll. ¿Qué le ocurre con ese rifle? ¿Toma usted precauciones?

—Nunca están de más en un sitio como éste. Ha empezado a anochecer, y pensé que ya no vendrían.

—Nos hemos entretenido en Phoenix hablando con un viejo. Por cierto, nos ha dicho cosas muy interesantes.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, que tío Jekyll murió asesinado, pero que su cadáver no ha sido hallado aún.

—Es cierto.

—¿Y cómo se explica eso? ¿Es que en esta parte de Arizona los muertos se dedican a pasear durante la noche?

—Bueno, siempre se ha dicho que había fantasmas por aquí. ¿No quieren entrar?

Les señalaba la puerta abierta del edificio, a través de la cual se divisaba un interior negro como una tumba. Los dos amigos dijeron que sí, que se morían de ganas de ver aquello, aunque en realidad se hubieran largado a Phoenix a uña de caballo. El notario entró primero y encendió otro quinqué.

El interior del edificio estaba tan destartalado como la parte externa, y los muebles parecían haber sido traídos hasta allí por los

primeros descubridores de América. Había polvo, telarañas y pobreza por todas partes. Jim y Karl sintieron que el alma se les caía a los pies.

—¿Todo esto es Rancho Perdido? —preguntó Karl, con un débil soplo de voz.

—Todo esto. Bueno, he de advertirles que ustedes han venido por la parte más rica.

—¿Es que el resto… es todavía más pobre?

—Las tierras que hay en la parte trasera son bastante peores que las que ustedes han visto.

—Entonces…, ¿es que hay aquí algo que valga veinte centavos?

El notario Finegan se sentó en una silla, que estuvo a punto de hundirse bajo su peso, y murmuró:

—El rancho es inmenso.

—Sí, pero, ¿para qué sirve? Es como una tumba demasiado grande. Para no sacar nada y morirse, bastaba con la mitad.

—El señor Jekyll vivía de esto.

—Sí, pero, ¿cómo vivía?

—He de reconocer que era un hombre sencillo, con pocas necesidades. Con sacar de aquí los suficiente para dos botellas de whisky al día, ya estaba contento.

Karl y Jim se miraron, llenos de desánimo.

—¿Usted no cree que trabajando fuerte esto podría llegar a ser productivo? —preguntó el primero.

—No lo sé —contestó Finegan, encogiéndose de hombros—, porque la verdad es que nadie se ha preocupado nunca de Rancho Perdido. Es de suponer que, si se trabaja, esta tierra dará más de lo que ha dado hasta ahora. Pero ustedes solos no pueden hacerlo, porque esto es inmenso. Necesitan contratar hombres, comprar animales de tiro, traer sementales y ganado seleccionado para cría y emplear un gran capital.

—¡Un gran capital! ¿De dónde quiere que lo saquemos?

—Esto no es cuestión mía. Yo ya suponía que ustedes no eran ricos, pero tenía que cumplir la última voluntad del difunto Jekyll, y así lo estoy haciendo. Este rancho es suyo, con todo lo que contiene. Me he permitido inscribirlo ya a su nombre en el registro de propiedades, de modo que no tienen nada que hacer, salvo sacar dinero de él si es que pueden. Para que no se animen demasiado

pronto, quiero advertirles dos cosas: la primera es que aquí no hay brillantes escondidos ni nada semejante, por lo que pueden ahorrarse el trabajo de abrir agujeros y derribar paredes. La segunda es que nadie va a querer comprarles esto.

Jim, que ya había pensado en la posibilidad de una venta, preguntó vivamente:

—¿Por qué?

—Porque se supone que el señor Jekyll yace enterrado en algún lugar del rancho, y eso, unido a las historias de fantasmas que siempre han circulado por aquí, hace que nadie le guste la perspectiva de dar dinero por estas propiedades.

—¿Dice que... tío Jekyll está enterrado por aquí?

—Es lo lógico, si en ninguna parte ha sido hallado aún su cadáver.

Karl y Jim se sentaron con infinitas precauciones en otras dos sillas, frente al notario.

Karl preguntó:

—¿Dónde lo mataron?

—Aquí, sin duda. Encontramos grandes manchas de sangre, dos cápsulas de bala vacías y señales evidentes de haber sido disparada esta escopeta, que era la suya.

—¿Siguieron las huellas de sangre?

—Todas estaban dentro de la casa. Se supone que el asesino o los asesinos sacaron fuera el cuerpo después de envolverlo, por ejemplo, en un saco, y lo enterraron en cualquier lugar.

—Se vería la tierra removida.

—Esto es demasiado grande para mirar palmo a palmo. Por otra parte, hay muchos lugares removidos, ya que últimamente el señor Jekyll estuvo abriendo unos pozos en un vano intento para encontrar agua. Harían falta cien hombres para encontrar algo con seguridad.

—Pero, ¿existe alguna idea acerca de los motivos por los cuales pudieron asesinarlo?

—Ninguna. El señor Jekyll era un borrachín, eso sí, pero no se metía con nadie. A simpático y ocurrente pocos le ganaban. No teniendo nadie motivos para asesinarle, se supone que los culpables fueron algunos granujas que pasaban por aquí de camino y que lo mataron para intentar robarle. Si fue así nunca podremos verle

vengado. Phoenix es lugar de tránsito para todos los granujas del Sudoeste, y echar el guante a esos va a ser imposible. El *sheriff* ya no se ocupa de ello.

Karl suspiró con desaliento.

—Entonces veo que aquí no nos queda por hacer más que una cosa.

El notario le miró con curiosidad.

—¿Cuál?

—Largarnos.

—No puede ser. Tiene usted este rancho inscrito a su nombre en el registro de propiedades.

—Pero no hemos aceptado aún la herencia, ¿verdad? Podemos hacer que la inscripción se anule. Y aún si no lo consiguiéramos, siempre podemos largamos de aquí y dejar esto abandonado. Ninguna ley manda que los dueños de un rancho tengan que vivir en él.

—Eso es cierto.

—Pues entonces nos largamos en seguida y trataremos de ganarnos la vida en Phoenix, cosa mucho más agradable que arañar la tierra en este lugar perdido.

—Si es así, yo tal vez podré buscarles algo —se ofreció el notario Finegan—. ¿Qué saben hacer?

—Nuestros oficios son demasiado civilizados —reconoció Jim—. Dudo que lo que nos enseñaron de pequeños sirva aquí para alguna cosa.

—¿Saben montar a caballo y tirar el lazo?

—Montar a caballo, sí, pero el lazo no lo hemos tirado en toda nuestra vida.

—¡Hum, mal asunto! ¿Y marcar una res?

—Si a mí me mandan marcar una res —dijo Karl— a lo mejor me equivoco y marco al ganadero.

—Pues entonces, ¿para qué cuernos han venido ustedes al Oeste? ¿Qué creían que es esto?

—Esto es la tierra de la libertad. Y teníamos unas ganas enormes de ser libres.

—Pero uno no puede vivir más allá del Mississippi si no sabe hacer lo que hacen los vaqueros. ¿Qué clase de idiotez han cometido ustedes? ¡A lo mejor no saben ni manejar un revólver!

—Bueno —dijo Karl—, en eso nos entretuvimos un poco mientras estábamos en el Este.

Tomó delicadamente el rifle de manos del notario, hizo un rapidísimo giro con él y, sin apuntar, disparó contra una de las paredes. Del pequeño escarabajo que estaba trepando por ella no quedó ni rastro, apareciendo en su lugar un agujero redondo.

El notario Finegan se quedó sin habla.

—¿Su compañero... es igual que usted?

—Por el estilo —dijo Karl.

—¿Son capaces de hacer lo mismo con un revólver?

—Si tiene usted uno a mano échelo por los aires —pidió Jim.

—Bueno, mientras no me elijan a mí como blanco. Creo que el señor Jekyll guardaba uno por aquí.

Abrió el cajón que había a un lado de la mesa y encontró un viejo «Derringer», que, sin embargo, estaba cargado y en condiciones de disparar. Lo arrojó por los aires, volteándolo en dirección a Jim.

Este lo tomó instantáneamente, de un zarpazo, lo amartilló en fracciones de segundo y disparó en dirección a un corazón de madera que estaba adornando una de las paredes. La pequeña pieza se bamboleó y cayó a tierra, atravesada justamente por la mitad.

—Pero... —susurró el notario—. ¡si no ha apuntado apenas! ¡Y ese adorno era más pequeño que un corazón humano!

—Ya lo he visto —dijo sencillamente Jim.

—¿Dónde aprendieron a hacer eso?

—Karl me enseñó a mí —dijo Jim.

—Y a él, ¿quién le enseñó?

—Un pistolero fugitivo de presidio que para no ser atrapado tuvo que irse a vivir al Este.

El notario Finegan resopló ruidosamente, como si hasta entonces hubiera estado conteniendo la respiración.

—Pues si saben hacer eso ya tienen ustedes empleo seguro en Phoenix. ¡Diablos! El *sheriff* está buscando agentes, y les nombrará en seguida sus alguaciles. Y si no les gusta actuar junto al *sheriff* y quieren estar un poco del otro lado, aun sin ponerse por eso al margen de la ley, pueden contratarse como guardaespaldas de cualquier ranchero honrado. Hay muchos aquí que temen que cualquier día les roben y les vuelen la cabeza. Pagarían mucho oro por tener a su servicio a unos tipos como ustedes, se lo prometo. Oro

en gran cantidad.

—Es que nosotros —dijo Karl— nunca habíamos pensado en vivir de nuestros gatillos.

—Sí, ya veo que ni siquiera llevan armas. No sé por qué. Vivir del gatillo es aquí tan normal y corriente como en Nueva York vivir del trabajo en un Banco.

—Puede, pero no nos parece una cosa bonita ni respetable.

—Ya veo que ustedes no han perdido todavía las viejas costumbres. Bueno, yo ya he cumplido mi obligación. Ahora pueden ustedes hacer lo que quieran, aun cuando les aconsejo que se larguen en seguida de Phoenix si piensan seguir sin llevar armas.

—No iremos —decidió Karl.

—¿Y... nuestras deudas? —le recordó tímidamente Jim—. ¿Olvidas que en Virginia City nos comprometimos a entregar la friolera de doce mil dólares para el hospital y la escuela?

—No lo olvido. Pero no sé cómo vamos a pagarlas.

—Si la deuda consta en un documento notarial, pueden reclamársela a ustedes en cualquier sitio —dijo Finegan.

—Eso es lo peor. Estamos decididos a pagar, pero la verdad es que creíamos que esto era mucho más rico. ¿Y si nos contratáramos como guardaespaldas? ¿Cuánto cree que nos pagarían?

—Puede que hasta trescientos dólares al mes.

—Eso es poco. Ni aun ahorrándolo todo podríamos hacer frente a las deudas. Necesitamos reunir doce mil dólares en un plazo de treinta días.

—¡Están ustedes locos!

—No somos unos locos, amigo, sino unos equivocados. Creíamos que en este rancho habría centenares de cabezas de ganado para vender.

—Lo único que hay es una vaca y unas cuantas gallinas. No creo que con eso saquen mucho. Me parece que se han metido ustedes en un buen lío, amigos, y que su problema no tiene solución.

Después de esta frase volvió a encender su pipa y pareció desentenderse por completo del asunto. Los dos amigos se miraron, preocupados, con la sensación de haber caído en una ratonera. Hasta que al fin, Jim dándose una palmada en la frente, gritó:

—¡Ya está! ¡Acabo de tener una idea que va a resolverlo todo!

Karl le miró con prevención, pues tenía motivos más que

sobrados para desconfiar de las ideas de su amigo.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido? —preguntó—. ¿Sacar la tierra de este rancho y venderla para rellenar tumbas? Me parece que es para lo único que sirve.

—¡No! Te equivocas conmigo esta vez, Karl. He tenido una idea espléndida y que nos va a hacer ricos en menos de treinta días. Escucha…

Capítulo IV
A DOS MIL MILLAS DE ALLI

Hasta este momento hemos conocido a Karl y a Jim, los dos desheredados de Boston que buscaron la libertad en el Oeste y se encontraron sin libertad, sin trabajo, y debiendo doce mil dólares, no teniendo para pagarlos más que lo que pudieran sacar de un rancho donde estaba la ignorada sepultura de un hombre asesinado.

Pero aun así, su historia es una historia alegre, porque Karl y Jim tenían ganas de vivir y no perdieron el humor en ningún momento. Ahora, sin embargo, hemos de conocer nuevos personajes y trasladarnos muy lejos de Arizona, dos mil millas más al noroeste, hasta la ciudad de Boston, una de las más viejas y puritanas de América.

Aquí, la historia alegre de Jim y Karl cambia de ambiente y se transforma por fuerza en una historia siniestra.

* * *

El primer personaje al que vamos a conocer, sin embargo, no tiene nada de siniestro.

Se llama Lucy, tiene veintitrés años y fama de poseer las piernas más bonitas de toda la costa atlántica, aunque esa fama no ha podido ser comprobada oficialmente porque nadie aún se las ha visto.

Lucy viste de negro, color que sienta espléndidamente a su figura alta y más bien llenita y a sus deliciosos cabellos rubios. Tiene unos labios intensamente rojos, unos inquietantes ojos verdes y todo lo demás que puede uno soñar en una chica llenita de veintitrés años, más un diez por ciento de propina para que uno se consuele cuando se despierte.

Hasta aquí todo es muy bonito, pero a partir de este momento empieza la historia siniestra.

En el instante en que la conocemos, Lucy está mirando fijamente un cadáver.

El hombre bien vestido se inclinó respetuosamente y dijo:

—Lo siento, Lucy.

—Gracias por su pésame, míster Archer.

Míster Archer —uno de los más ricos banqueros de Boston — miró de soslayo el ataúd, hizo otra reverencia y pasó de largo.

La fila de hombres impecablemente vestidos de negro que aguardaban para dar el pésame a Lucy, llegaba hasta la puerta.

Pero Lucy apenas tenía ojos para ellos. Apenas les hacía caso. Su mirada estaba fija e inmóvil sobre el ataúd, en que reposaba el cadáver de su propio padre.

Rígido dentro de su severo traje negro, el banquero Oswald Keller, parecía estar realmente vivo. O, si se quiere ser más exacto, lo que ocurría era que mientras Oswald Keller estuvo vivo dio siempre la sensación de ser un muerto. Rígido, engolado, vistiendo siempre de negro, hablando únicamente para dar órdenes a sus inferiores y aun eso con una voz de ultratumba, entre el banquero vivo y el banquero cadáver no había apenas apreciables diferencias.

La única diferencia importante estaba en el balazo que Oswald Keller llevaba en la espalda, y que le había abierto una brecha capaz de que por ella entrasen cinco dedos. Disparada a muy corta distancia, la bala había hecho el mismo efecto que un cañonazo.

La fila de hombres respetuosos seguía pasando ante los ojos inmóviles de Lucy.

Las frases resbalaban en los oídos de la muchacha.

—Lo siento, lo siento mucho…

—Ahora está usted sola en el mundo, Lucy, pero si quiere pasar una temporada con nosotros…

—¡Qué pena que su señor padre muriera tan rápidamente! ¿Qué fue?

—Una pulmonía.

—¡Pero si no estuvo ni medio día enfermo! ¡Qué cosa tan extraña! Por la mañana hablamos de negocios en el Banco y por la noche ya estaba muerto.

—El llevaba delicado una larga temporada —dijo Lucy.

Otro añadió:

—Las pulmonías son una cosa muy traidora. Yo tenía un amigo que a causa de una de ellas sufrió una congestión pulmonar y murió en diez minutos.

—Algo parecido —dijo Lucy secamente— fue lo que ocurrió con mi padre.

Y su porte altivo y orgulloso se acentuó todavía más, como si las

palabras de pésame no fueran más que homenajes que resbalasen por el trono de una reina.

Siguió así, sin contestar apenas a nadie, hasta que el último de los que aguardaban para darle el pésame llegó a la altura de sus ojos.

Fue entonces cuando toda la altiva figura de Lucy sufrió un estremecimiento.

El hombre que ahora estaba frente a ella no era como los otros. Todos los anteriores pertenecían a la más rancia aristocracia de Boston y eran ancianos encorvados bajo el peso de sus millones y sus joyas. Este, en cambio, tendría sólo unos cuarenta años como máximo, y daba la sensación de enorme fortaleza física. Tenía una boca apretada y dura y unos penetrantes ojos de águila. Sólo se parecía a los demás en su impecable traje negro, pero el resto de su figura era tan distinta que por fuerza había tenido que llamar la atención de Lucy.

Esta desvió la mirada cuando lo tuvo frente a ella. Notó, sin embargo, que los ojos de águila del hombre recorrían todo su cuerpo.

—Mi pésame más sincero, señorita Lucy.

—Gracias, señor Puskam.

—Yo he sido el primer sorprendido al conocer la muerte de su padre. Una noticia dolorosa, créame.

—Le creo, señor Puskam.

—¿A qué hora es el entierro?

—Inmediatamente.

—¿No va usted a ir al cementerio?

—No; aquí es costumbre que las mujeres se queden en casa.

—Claro, lo comprendo.

—Entonces le ruego que se retire, señor Puskam.

El hombre se mordió ligeramente el labio inferior, mientras sus ojos de águila se entrecerraron.

—Ya nos veremos, señorita Lucy.

Cuando todos los que habían acudido a dar el pésame se hubieron retirado, dos criados cerraron respetuosamente el ataúd y lo dejaron en manos de los cuatro empleados de la funeraria que habían acudido para transportarlo al cementerio.

Lucy Keller vio desaparecer el cuerpo de su padre sin un

parpadeo, sin que de sus ojos se desprendiera una sola lágrima.

Diríase, viendo su aspecto, que era demasiado orgullosa para tener la pequeña debilidad de llorar.

Una vez la habitación hubo quedado vacía —con ese vacío siniestro y desolador en que quedan sumidas las habitaciones donde ha estado un muerto— Lucy dio media vuelta y salió de allí.

Caminó por el lujoso y resplandeciente corredor principal de su casa —situada en la mejor avenida de Boston— y se dispuso a entrar en la serie de cuatro habitaciones que componían su alcoba y dormitorio.

Apenas había abierto la puerta cuando notó algo extraño: olor a humo de tabaco. Ella, que no fumaba nunca, arrugó la nariz. Pronto descubrió la causa al ver, cómodamente sentado en una de sus butacas fumando un cigarro, al hombre a quien pocos minutos antes ella había llamado «señor Puskam».

—¿Qué hace usted aquí? —gritó, indignada, mientras sus labios temblaban de cólera.

—Te estaba esperando, nena.

—¿Es que cree tener algún derecho para hablarme de ese modo? ¡Salga inmediatamente de aquí!

—Contigo, chata.

—¡Salga o llamo a mis criados para que lo arrojen a puntapiés a la calle con un cubo de basura por sombrero!

El hombre mordió su cigarro, lo que indicaba que aquella frase había herido su orgullo, y contempló a la mujer como el gavilán contempla a la paloma antes de abalanzarse sobre ella.

De pronto miró mejor los ojos indignados de Lucy, sus labios temblorosos por la indignación, y sin poder contenerse rompió a reír. Su risa, metálica y brusca, llenó la habitación entera.

—Me ha hecho todo mucha gracia —dijo—. No sé cómo he podido resistirlo cuando he oído que decías a los otros que tu padre había muerto de una pulmonía.

Lucy, movida por un sentimiento de orgullo y de repulsión, avanzó hacia él. Su mano derecha se alzó para abofetearle, pero el hombre fue más rápido y detuvo el golpe en seco, sonriendo todavía para poder pegar un rodillazo a traición en el estómago de Lucy. Cuando ésta se inclinó, gimiendo, le aplicó un gancho a la mandíbula y la envió rodando sobre la alfombra. Cuando Lucy pudo

incorporar la cabeza tenía los labios cubiertos de sangre.

El avanzó parsimoniosamente sobre la alfombra, introdujo las manos en los bolsillos y desde arriba sonrió con cinismo.

—Así me gusta ver a la altiva Lucy Keller —dijo—: gimoteando y tendida a mis pies.

—Yo no he gemido todavía —dijo ella por entre sus labios, rotos, escupiendo las palabras.

—Claro, tú eres demasiado orgullosa para gemir delante de un hombre o para inclinarte ante él. Tú eres Lucy Keller, la mujer más altiva de Boston, la que no se dignaba ni hablar a sus criados y por eso, cuando quería algo, les enviaba notas por escrito. Tú eres la hija del banquero más despiadado que ha existido en Massachussets, un tipo que sólo hacía limosna una vez al año, y aun entonces obligaba a los pobres a que le besasen la mano. Y tú te has acostumbrado a ser como él: desdeñosa, altiva y sin corazón. ¡Pero aun así te convertiré en mi mujer! ¡Quieras o no quieras, yo he jurado que serás mía!

Ella, sobre la alfombra aún, sonrió desdeñosa entreabriendo sus labios sangrantes.

—¿Crees, Dan Puskam, que voy a casarme con el hombre que asesinó a mi propio padre?

A Puskam no pareció asustarle demasiado aquella acusación; sólo sus cejas se arquearon un poco. Dio otra chupada a su cigarro y volvió a sentarse en la butaca.

—Te dije que lo mataría —susurró— y tú tenías motivos para creerme. Sabes que he eliminado a todos los enemigos que tenía en Boston. ¿Crees que tu miserable padre iba a ser una excepción?

—Sabía que eras una hiena, Puskam —escupió ella—, pero nunca creí que fueses una hiena de las que además llevan sama sobre la piel. ¡Mi padre era un viejo! ¡Podías haber tenido la dignidad de matarlo cara a cara, no disparando contra su espalda!

—Yo soy un hombre muy prudente, paloma, y por eso he llegado donde estoy. Cuando te dije que mataría a tu padre si no te casabas conmigo, lo primero que hiciste fue contratar a dos granujas para que le protegiesen sin que él lo supiera. Eso aumentaba los riesgos para mí. Claro que también tengo pistoleros y pude haberlos liquidado a ellos igualmente, pero el suceso habría armado mucho revuelo en Boston. Por eso liquidé al elegante banquero por la

espalda. Se coge un «Colt», se dispara con él a quemarropa y… ¿qué agujero más bonito quedó en la espalda del muerto, no? ¿Tuvisteis que pagar mucho al médico para que falseara un certificado de defunción?

—Mil dólares.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque no quería que nuestro apellido anduviese en boca de la gente. Porque no soporto a los periodistas ni la curiosidad maldita de los que son menos que nosotros. ¡Tampoco tenía ninguna necesidad de despertar la compasión de nadie, y por eso me decidí a afirmar que la muerte de mi padre había sido natural!

—Mal hecho. Podías haber tenido una magnífica ocasión para arrojar sobre mí a toda la policía de Boston.

—Demasiado sé que encima te habrías reído de nosotros. Posees demasiada influencia, y además no había pruebas de tu culpabilidad. ¿Habría bastado mi simple información de que aseguraste que matarías a mi padre?

—No, desde luego que no.

—Por eso dejé pasar la oportunidad. Ya llegará otra que me permita comprar tu cabeza.

—Antes yo compraré tu piel, muchacha. Vas a ser mi mujer.

Lucy se incorporó, limpiándose con un pañuelo la sangre que cubría sus labios. Volvía a tener la actitud orgullosa y arrogante de una reina. Otra vez sus helados ojos verdes miraban a Puskam como el que mira a un insecto.

—Nunca me casaré contigo; eso es todo cuanto tengo que decir. Y ahora puede retirarse, señor; lamento que su petición de matrimonio no pueda ni siquiera ser tenida en cuenta.

—Vosotros no perdonáis nunca, ¿verdad?

—Nunca. Sé que llegará mi oportunidad y que con mis manos podré abofetear tu cadáver. Puede pasar un año o dos, pero yo sé que llegará mi día.

—Antes serás mi mujer.

—¿Por qué ese empeño? —preguntó ella desdeñosamente—. Voy a heredar una gran fortuna, pero la tuya todavía es mayor. No me vas a hacer creer que buscas mi dinero.

—No, nena.

—¿Entonces…?

—Es que tú me gustas, reina —dijo él enseñando los dientes.

—Y tú me das asco, Puskam. Han sido tuyas las mejores bellezas fáciles de Boston. No me digas que yo te gusto más que las otras.

—Es que además, tú tienes un apellido.

—Aspiras a tener el lustre de nuestra familia, ¿no? —preguntó ella con infinito desprecio—. Tú, un *gángster* venido de Europa hace diez años, y que se ha hecho dueño mediante el crimen de todos los lugares de corrupción de la ciudad, aspiras ahora a ser un hombre respetable. Y estar emparentado con los Keller, una de las familias más antiguas de esta tierra, te abriría las puertas de la buena sociedad, que es lo único que te falta conquistar. Dime: ¿no es eso?

—Eres muy lista, nena. Parece como si leyeras mis propios pensamientos.

—Pues más vale que te muerdas la cola con tus propios colmillos, Puskam. Nosotros somos una familia muy orgullosa, la más orgullosa de Boston. Mis tatarabuelos ya fueron banqueros, y la gente ya hacía reverencias a su paso. Mi padre fue un hombre cruel, pero fiel cumplidor de sus compromisos y de sus negocios. Decir hoy «Keller» significa mucho en Boston. Somos tan severos que a un primo lejano mío, un tal Karl, lo hicimos expulsar de la ciudad y lo desheredamos sólo porque había tenido un desafío con un tal Jim, otro sinvergüenza como él. Hemos mantenido limpio nuestro apellido durante siglos. ¿Crees que ahora va a entrar en la familia una serpiente venenosa como tú?

Dan Puskam rechinó los dientes. Con gusto la hubiera golpeado otra vez, pero ahora se oían por el pasillo los pasos de algunos criados, y no se atrevía ni siquiera a alzar demasiado la voz. Aun así dijo:

—Muy bien. Yo te he pedido en matrimonio, cosa que no he hecho aún con ninguna de las mujeres que me han interesado en esta vida. Tú, en cambio, me insultas y me desprecias. Muy bien; puedes seguir por ese camino, pero lo pagarás con la cabeza.

Lucy se limitó a sonreír. Y había tanto desprecio en esa sonrisa que Puskam la recibió como un salivazo en la cara.

—Yo no le he insultado, señor —dijo ella haciendo una cortés inclinación de cabeza—. ¿A quién se le ocurriría insultar a un gusano por el solo hecho de que el pobre tenga que arrastrarse por el suelo? Le ruego que se retire, señor. Nuestra conversación ha

terminado.

En la fría cortesía de Lucy Keller, una mujer tan orgullosa que parecía no tener sentimientos, había un hiriente desprecio para Puskam. Cada una de las palabras de la mujer, era como una bofetada en las mejillas del hombre. Este arrojó su cigarro al suelo, se puso en pie y dijo con rabia:

—¡Te he avisado! ¡Morirás como murió él! ¡Pero a ti te mataré de frente y poco a poco, para que sufras!

—Muy bien, señor. Tomo nota de sus deseos y ya le avisaré el día que tenga señalado para recibir a los pobres.

Puskam rechinó los dientes otra vez, apretó los puños con rabia y salió de la habitación, sin importarle que los criados le viesen. Si alguien murmuraba de Lucy… ¡peor para ella!

Pero los criados de aquella casa no solían murmurar de sus dueños. Habían nacido casi todos allí, y aunque odiaban a Lucy por lo orgullosa que era, a nadie se le ocurrió un mal pensamiento acerca de ella por el hecho de ver salir a un hombre furioso de su alcoba.

Uno de los criados acompañó hasta la puerta a Dan Puskam y luego la cerró cuidadosamente haciendo una reverencia. Toda aquella cortesía aún exasperó más al peligroso magnate del crimen.

Entretanto, Lucy Keller, que había logrado mantener una actitud orgullosa y distante mientras el hombre estuvo frente a ella, sintió que todas sus energías se desplomaban al quedar sola en sus habitaciones.

Sabía que aquel hombre la mataría, y que no había en Boston un rincón lo bastante seguro para ocultarse de su poder. Eso no era lo peor, porque en contra de lo que muchos creían, a Lucy la vida no le importaba gran cosa. Lo que la hacía estremecer era pensar que aquel hombre pudiese matarla antes de que ella hubiera conseguido vengar a su padre.

Necesitaba ganar tiempo para organizar un plan, y mientras tanto lo más conveniente sería marcharse fuera de la ciudad.

Boston era como una ratonera donde Puskam jugaría con ella hasta el momento de darle el zarpazo.

Pero, ¿adónde ir? Todos sus parientes —unos tipos tan orgullosos como ella y con los que apenas se hablaba— residían en la ciudad. Karl era el único que estaba fuera, pero era un sinvergüenza del que

resultaba mejor no acordarse. En el país entero podía decirse que no tenía un solo amigo.

«Iré de hotel en hotel —decidió—. No me falta el dinero, y puedo recorrer Estados Unidos desde Nueva York hasta San Francisco. Veremos si Puskam es capaz de seguirme.»

Pero en seguida se convenció de que una va dejando en los hoteles demasiadas pistas. Si Puskam decidía ir tras sus huellas, la encontraría fácilmente. Lo mejor sería ir a parar por el momento a cualquier lugar ignorado, perdido en el mapa...

Estaba sumida en estas reflexiones, cuando un criado golpeó discretamente en la puerta, anunciando que acababa de llegar una carta.

—Debe ser de pésame —dijo ella—. Ponía junto a las otras y en cuanto me sea posible las contestaré.

—Me parece que esta no es de pésame, miss Keller —se atrevió a decir el criado temerosamente—. Viene de Phoenix, Arizona, y allí es imposible que hayan conocido ya la muerte de su señor padre.

—¿De Arizona? ¡Qué extraño! No creo conocer a nadie en tan salvaje región.

—Afortunadamente, miss Lucy. ¡Dios nos libre de la gente que debe vivir en semejante sitio!

—Está bien; dame la carta.

El criado se la entregó haciendo una reverencia. Lucy contempló el sobre con curiosidad, lo rasgó y extrajo del mismo una hoja de papel doblado, escrito con letra elegante y clara.

Los ojos de la muchacha reflejaron sorpresa y luego interés al ir leyendo aquellas líneas.

La inesperada carta decía así:

«Querida Lucy:

»Seguro que te sorprenderá recibir noticias mías cuando llevamos tanto tiempo sin tratarnos y cuando tu padre, jefe espiritual de la familia, fue causante de que me expulsaran de la ciudad. Pero todo aquello está olvidado, créeme. No guardo el más mínimo rencor en mi corazón. ¡Que tu padre viva muchos años y que los ángeles llenen de oro sus arcas!

»Te escribo para darte una buena noticia. Un lejano tío nuestro llamado Jekyll, del que seguramente has oído hablar, te ha dejado heredera única de su inmenso rancho. Yo pasé por Phoenix

casualmente y me enteré, por lo cual me apresuro a comunicártelo. No puedes imaginarte la suerte que has tenido. El rancho es grande como el océano, sus tierras son fértiles y ricas, y centenares de cabezas de ganado pacen en los prados de hierba más fresca y jugosa que yo he visto en todos los días de mi vida.

»Sé que eres rica y que no te importa el dinero, pero aquí hay una auténtica fortuna a tu disposición si sabes explotarla. Dado lo malas que nuestras relaciones han sido hasta ahora no debería decirte nada, pero me sabe mal que pierdas la mejor oportunidad de tu vida.

»El rancho sólo necesita unos pequeños gastos para ponerlo en plena marcha, y por ello te aconsejo que vengas a Phoenix y preguntes por un lugar llamado Rancho Perdido. No puedes imaginar un sitio más aislado y tranquilo que éste. Tráete doce mil dólares, ni un centavo más. Serán suficientes para convertir este rancho en el más rico de Estados Unidos.

«Espero tu llegada. Un abrazo de tu primo:

»Karl.»

Lucy terminó de leer la carta, y sus ojos brillaron ligeramente.

En otras circunstancias no habría hecho caso de una nota así, pero ahora acababa de leer unas palabras que la obsesionaban. Karl decía que Rancho Perdido... ¡era el lugar más aislado y tranquilo del mundo!

Llamó con un campanillazo al criado y le ordenó:

—Prepara el carruaje negro y llama a mis doncellas para que comiencen a preparar los baúles. Nos vamos.

—¿A... dónde, señorita?

—A Arizona.

—¿A aquella tierra salvaje? ¡Líbrenos Dios!

—No temas, iré yo sola con el cochero. Vosotros os quedáis aquí hasta mi regreso.

—¡Comprendido, miss Lucy, comprendido... Nos pondremos a actuar inmediatamente. ¿Me hace el honor de decirme cuándo piensa partir?

Lucy era una mujer de decisiones rápidas. No tuvo que pensar mucho para decir:

—Esta misma noche.

Capítulo V
¡ARIZONA!

Salir de Boston, en el norte de la costa atlántica, y llegar a Phoenix, en el sur de la otra punta de Estados Unidos, cerca de la frontera mexicana, no era entonces un viaje cómodo ni siquiera para tipos duros y experimentados. Mucho menos había de serlo para una señorita fina y mimada como Lucy Keller.

El trayecto habría sido más cómodo para ella tomando un tren y haciendo sucesivos trasbordos, pero Lucy imaginó que Dan Puskam habría puesto a alguno de sus hombres vigilando la estación, y por eso no se atrevió a emplear el ferrocarril. Su carruaje de caballos era mucho más lento, pero le daba una completa independencia. Podría detenerse en lugares aislados y viajar sólo de noche.

Así lo hizo, y el larguísimo trayecto le permitió conocer lo que era su tierra.

Atravesando en diagonal Nueva York, Pensilvania, Ohio, Indiana, Illinois, Misuri, Arkansas, Oklahoma, Texas y Nuevo México, llegó a la vista de los inmensos farallones de Arizona cuando tenía la sensación de llevar meses y meses viajando, En realidad cuando eso ocurrió, habían transcurrido tres semanas desde que saliera de Boston.

Deteniéndose a descansar sólo lo indispensable, cambiando de caballos continuamente y sacándoles la máxima velocidad de que eran capaces, habían llegado a Arizona en un tiempo que podía considerarse excelente. Durante el viaje pasaron cerca de reductos indios sin que nadie les atacara, y no encontraron en el camino un solo pistolero. Lucy empezaba a creer que lo que contaban del Oeste era mentira cuando llegó a Arizona. Fue Arizona la que le hizo cambiar de opinión.

Los grandes arenales desiertos, los farallones inmensos en los que podía esconderse un ejército, las poblaciones llenas de tipos con cara patibularia, hicieron arrepentirse a Lucy de haber emprendido aquella aventura. Al fin y al cabo era una mujer sola.

Pero el principal peligro que corría era que hubiese podido seguirla Dan Puskam. Y éste habría perdido ya su rastro cien veces por lo menos. Cuando llegara a Rancho Perdido se sentiría del todo

segura, podría descansar.

Cuando llevaban veinticuatro horas en territorio de Arizona preguntó a su cochero, sacando la cabeza por la ventanilla:

—¿Falta mucho para llegar a Phoenix?

—Si todo va bien, día y medio.

—Eso significa que llegaremos allí de noche, ¿no?

—Así es, señorita, si seguimos deteniéndonos igual que hasta ahora, y los caballos responden.

—Muy bien. Prefiero llegar de noche.

—Le advierto que es una ciudad muy peligrosa, y sus alrededores tienen mala fama. Si me lo permite decirlo, no me gusta nada lo que estamos haciendo.

—Hasta ahora todo ha salido bien, ¿no?

—Sí, pero...

—Entonces no proteste y ocúpese sólo de conducir aprisa.

De todos modos, pensó Lucy, el conductor tenía razón. Cada vez se iban adentrando en una zona más salvaje, y los rostros que encontraban a su paso eran cada vez menos tranquilizadores. En cierto modo, Lucy empezaba a sorprenderse de que no les hubieran atacado ya.

Descansaron aquella noche en una casa aislada, lejos del camino, y por la mañana reemprendieron el viaje hacia Phoenix.

Fue al anochecer cuando el cochero gritó:

—¡A lo lejos se ven las luces de una ciudad, miss Lucy! ¡Por su tamaño tiene que ser Phoenix!

Lucy sacó la cabeza por la ventanilla, ansiosa de llegar por fin.

—¿Cuánto debe faltar?

—Poco más de dos horas.

—Gracias a Dios. Creí que esto no terminaría nunca. ¡Con las ganas que tengo de llegar! Estaría bueno que nos atracasen ahora...

Entraban en este momento en un pequeño desfiladero. De pronto sonó un disparo, y una voz potente y ronca gritó:

—¡Quietos...! ¡Detén a los caballos o te vuelo la cabeza!

El conductor, atemorizado, tiró de las riendas. Los caballos se detuvieron y el carruaje ballesteó a punto de volcar. Lucy volvió a sacar la cabeza por la ventanilla y en ese momento, a la incierta luz de la luna, los distinguió.

Los tipos que la habían atracado estaban taponando el camino

para que no pasara el carruaje.
Llevaban rifles cruzados sobre las sillas.
Eran dos.

Capítulo VI
POR UNA MALDITA DEUDA

Los dos tipos llevaban buenos caballos, y por el modo de llevar los rifles cruzados sobre las sillas se adivinaba que sabían manejar las armas. Hay cosas que se presienten. Por eso el cochero alzó los brazos y no intentó tocar el «Winchester» que tenía a su alcance.

—Tíralo lejos, hacia tu izquierda.

El del pescante tomó el rifle por el cañón y lo arrojó al aire, hacia una zona de sombras.

—Ahora desnúdate el cinturón. Y recuerda que te estamos apuntando.

Lucy sacó entonces medio cuerpo por la ventanilla, gritando indignada:

—¿Es que se va a hacer lo que estos tipos digan? ¿No tiene usted sangre en las venas para disparar de una vez y matarlos a los dos?

—¿Cree que es tan sencillo? —gritó el cochero con voz de falsete.

Uno de los dos hombres movió su rifle y disparó una sola vez, sin apuntar arrancando astillas de la madera del coche, junto a la cabeza de Lucy. Esta no se retiró, parecía insensible al miedo. Sus labios sonrieron de una forma helada mientras dirigía una mirada asesina al hombre que había hecho el disparo.

—No se preocupe —dijo éste—; no he tirado a matar. Pero he querido recordarle que soy capaz de hacerlo.

El cochero, entretanto, había terminado de despojarse de su cinturón, que dejó caer al suelo. Los dos hombres se acercaron entonces un poco, y así como antes sólo se distinguían sus siluetas, ahora fue posible ver sus rostros.

Pero Lucy, que tenía curiosidad por conocerlos, se llevó una decepción.

Los dos pistoleros llevaban pañuelos rojos cubriéndoles toda la parte inferior del rostro, y las alas de sus sombreros impedían ver ni siquiera el brillo de sus ojos. Era como si Lucy se estuviera enfrentando con dos fantasmas; aunque volviera a ver a aquellos hombres cien veces, nunca los reconocería.

Trató de ver si en sus vestiduras había algún detalle peculiar,

pero ninguno de los dos hombres llamaba la atención por eso. Ambos vestían completamente de negro.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó la muchacha con desprecio—. ¿Van a raptarme?

—No se haga ilusiones, hermana. Si nos la lleváramos, tendríamos que mantenerla.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren?

—Su dinero.

—No llevo encima más que mil dólares; no crean que soy rica.

—Eso lo podremos comprobar inmediatamente. Arroje su bolso al suelo.

Lucy tenía dos bolsos, en uno de los cuales guardaba las pequeñas cantidades, y en el otro las importantes. Lanzó el primero, pensando que lograría engañar con facilidad a sus atacantes.

—No, éste no —dijo uno de ellos—. El otro.

Lucy se traicionó entonces.

—¿Cómo saben que llevo dos?

—Pues… las niñas monas como usted suelen tener esa costumbre.

—Se equivoca. Esa costumbre es propia de nuestra familia, donde las mujeres estamos acostumbradas a manejar grandes cantidades de dinero.

—¡Qué bien! ¡Entonces hemos tenido suerte!

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Lucy con suspicacia.

—¿A qué viene preguntar una tontería así?

—Porque yo no entiendo de atracos, pero esto me parece de lo más extraño que he visto en mi vida.

—Si se refiere a que aún no hemos matado a nadie, le responderé que no es nuestra costumbre. Pero sabemos hacerlo.

La voz, del que acababa de hablar había sido tajante y dura. El cochero creyó aconsejable decir:

—Mejor si se portan educadamente, miss Keller. No provoque a estos tipos. Entrégueles el dinero y al menos habremos salvado la piel.

Lucy, con un ademán de desprecio, arrojó el otro bolso a tierra. Uno de los dos pistoleros hizo una pirueta increíble, colgándose sólo de un estribo, y lo tomó de un zarpazo.

—¡Muy bien, sigan su camino! —gritó el otro—, ¡Y recuerden que podemos verles en Phoenix otra vez! ¡Si dicen algo de todo esto

al *sheriff,* les costará la vida!

Hicieron dos disparos entre las patas de los caballos, y éstos, asustados, se encabritaron y partieron de pronto a galope. El cochero tuvo que hacer esfuerzos para no caer, y Lucy fue proyectada contra el asienta Pero aún pudo dirigir a los dos pistoleros una última mirada llena de orgullo y de odio.

Los jinetes permanecieron inmóviles sobre sus caballos hasta que el carruaje se perdió de vista.

Los dos se desprendieron entonces de los pañuelos rojos y guardaron sus rifles en los arzones de las sillas.

Jim, que era quien había tomado el bolso con el dinero, lo sopesó ligeramente y dijo:

—Seguro que están los doce mil dólares.

—Bueno, ¿pero crees que tendrá Lucy dinero suficiente para hospedarse en Phoenix y luego volver a Boston?

—Seguro. Ya has oído lo que dijo: en el otro bolso llevaba mil dólares.

—Entonces vamos a regresar. Pero no podemos acercarnos a Phoenix al menos en dos días. Si nos ve por allí, pensará que somos los autores del atraco; ya sospechó cuando le dijimos lo de los dos bolsos. Me he dado cuenta además, de que se fijaba mucho en nuestras estaturas.

—Hay muchos tipos como nosotros en Phoenix.

—Puede que tengas razón, si nos ve por separado Pero si nos ve juntos seguro que nos reconoce.

—Está bien, no nos verá juntos. Y ahora vamos a cenar algo porque estoy molido.

Los dos amigos se dirigieron a un pequeño rancho de las cercanías donde sabían que les servirían algo de cenar. Además allí habían alquilado los caballos, de modo que por fuerza tenían que volver. Una vez sentados a la mesa, Karl contó con disimulo el botín. Había allí justamente doce mil dólares.

—Tuviste una magnífica idea, Jim —dijo—. Atraer hasta aquí a una de mis odiadas familiares sabiendo que llevaba encima doce mil dólares y dejarla sin ellos en cinco minutos. Lo repito: una magnífica idea.

—Lo malo es que ha sido necesario pasarme varias noches al raso, montando la guardia, porque no sabíamos ni a qué hora iba a

venir.

—Pero el botín lo vale. ¡Doce mil dólares!

—Que habrá que pagar en seguida para el hospital y la escuela de Virginia City.

—De acuerdo. Pero, ¿te parece poco estar sin deudas? Luego podemos trabajar algo aquí y ganar lo suficiente para largamos al Este. Allí volveremos a tener magníficas oportunidades. No hace falta que estemos más tiempo al oeste del Mississipi. De sobra sabemos lo que es esto.

—Aún no. No hemos tenido ningún desafío, y por tanto no hemos matado a nadie y nadie nos ha matado a nosotros.

—No me gusta tener desafíos.

—¿Y si el destino quisiera que antes de poder salir de aquí tuviéramos que vernos envueltos en una ensalada de tiros?

—¡Bah! Eso no es posible. Deja los tiros para los pistoleros profesionales.

En aquel momento, a través de la ventana junto a la cual estaban sentados, oyeron el trotar de varios caballos. Y su fino oído supo distinguir que aquellos caballos no estaban bien montados, porque se encabritaban con frecuencia y porque se oían de vez en cuando las maldiciones entrecortadas de sus jinetes.

Karl miró hacia allí y los contó por curiosidad.

—Valiente tropa. Son doce fulanos.

—¿Qué diablos irán a hacer en Phoenix? Ninguno de ellos sabe montar decentemente.

—Cualquiera sabe. De vaqueros no tienen la menor facha; fíjate, van vestidos con levitas como íbamos vestidos nosotros hace poco. Y hasta la luz de la luna permite ver que llevan maletines como si hubiesen viajado en el tren. Seguro que han dejado el ferrocarril a unas millas, en el terminal, y han alquilado caballos. Pero no imagino a qué pueden ir doce tipos a Phoenix en esas condiciones.

—No te preocupes. ¿Para qué vamos a pensar en ellos cuando nosotros tenemos bastantes problemas?

En aquel momento les sirvieron la cena, y los dos amigos se dispusieron a no pensar en nada más. Pero al cabo de unos minutos Jim preguntó:

—¿Cómo nos la vamos a componer ahora? Si tu prima Lucy nos ve juntos en Phoenix va a sospechar. Pero si nos ve juntos en

Rancho Perdido va a ser peor aún. Seguro que se dejará caer por allí.

—Lo doy por descontado —dijo Karl—, Y estaré yo solo. Fingiré ignorar todo lo ocurrido, y cuando me lo explique le diré que es una verdadera lástima, porque en Rancho Perdido podía haber hecho grandes negocios.

—¿Tú esperas que te crea?

—Seguro. ¿Por qué no?

—Está bien, espero que no haya complicaciones, y que ella se vuelva en seguida a su aburrida ciudad de Boston. Por cierto, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Nunca hubiera imaginado que tu prima fuera tan guapa.

—¡Bah! Es la mujer más orgullosa que puedes imaginar. Para ella no hay nadie como los Keller, y los que no llevan ese ilustre apellido le parecen poco más que gusanos. A primera vista puede haberte parecido hermosa, pero si trataras con ella diez minutos seguidos tendrías ganas de estrangularla.

—Di lo que quieras, pero cuando la estábamos atracando sentía una especie de vergüenza. La idea que yo había tenido me estaba pareciendo entonces mucho menos bonita.

—No te preocupes más por eso. Su padre es el jefe espiritual de la familia y el que más presión hizo para que me desheredaran y me expulsasen de la ciudad. Lo de la herencia no me importa, porque creo que al fin y al cabo uno sólo debe poseer lo que ha ganado por sí mismo. Lo que me importa es el modo como me hicieron expulsar de la ciudad, igual que a un perro. En fin, hemos tomado cumplida venganza, ¿no?

Lanzaron una carcajada y se dedicaron sólo a terminar la cena, después de lo cual Karl se dispuso a regresar a Rancho Perdido.

—Tú te quedas alojado en Phoenix, procurando que ella no te vea —dijo a Jim—. Para conseguirlo tienes un procedimiento infalible, que es alojarte en un sitio de ínfima categoría, porque ella se hospedará en el mejor hotel de la ciudad. Yo iré al rancho y esperaré a que ella aparezca por allí, si es que aparece.

—Irá, no tengas la menor duda.

—Mejor. Soportaré sus quejas, sabiendo que en seguida podemos largarnos a Virginia City, saldar nuestra deuda y convertirnos en

hombres libres otra vez. En cuanto a Rancho Perdido, no volveremos a acordarnos en nuestra vida de que hemos estado en él.

—¡Magnífico!

Iban ya a alejarse, después de haber pagado la cena y el alquiler de los caballos con el producto de la venta de la única vaca que había en Rancho Perdido, cuando en ese momento vieron entrar por la puerta al notario Finegan.

El también los vio.

—Hola, muchachos. ¿Vosotros por aquí?

Desde que sabía que estaban sin blanca les trataba con gran confianza.

—Hemos venido a dar un paseo —mintió Karl—. No se puede soportar la soledad de aquel rancho. ¿Y usted?

—A un hombre que vive en las cercanías y está gravemente enfermo se le ha ocurrido hacer testamento y he tenido que ir a su casa —explicó el no> tario—. Como la noche está fresca, me he detenido aquí por si me servían una copa.

—¿Quiere ser nuestro invitado?

—¿Es que tenéis dinero?

—Aún nos quedan unos pocos dólares. Vendimos aquella vaca.

—¡Diablo! ¿Y habéis encontrado quien os la comprara? Eran tan vieja como vuestro tío Jekyll.

—Desde luego. Yo entiendo poco de vacas, pero a aquella sólo le faltaba tener barba. Calculé que debía ser más antigua aún que el rancho, y pensé que nadie nos la compraría. Pero, cosa extraña, apenas tuvimos que molestarnos para venderla. Vino un fulano al rancho, nos dijo que la quería y no discutió el precio.

—Es raro. ¿Para qué querría tener una vaca así?

—Dijo que tenía noticias de que era muy lechera.

—Fantasías. Sé que vuestro tío Jekyll apenas le sacaba para el desayuno una vez por semana.

Les fueron servidas unas copas de ron, y el notario, después de beber el primer sorbo, preguntó:

—¿Cómo se llamaba el que les hizo la compra?

—No recuerdo —dijo Jim—. Creo que Albert.

—Albert era un viejo amigo de tío Jekyll. Había estado muchas veces en Rancho Perdido.

—Pero, ¿para qué demonios querría comprar la vaca?

—Manías —opinó Finegan.

Karl terminó de beber pensativamente su copa de ron. Luego dijo mirando a los otros dos:

—¿No tendrá ese animal algo que ver con la desaparición de tío Jekyll?

Jim y Finegan le miraron con atención.

—Nada... Ya sé que no tiene sentido. Pero la muerte de tío Jekyll está por aclarar, y su cuerpo no ha sido hallado. ¿No habría en ese animal alguna prueba, no significaría algo que pudiese aclarar lo que nadie ha aclarado todavía?

Jim terminó también su copa de ron.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé.

—¿Qué tendrá que ver una pobre vaca con la desaparición de tío Jekyll? Hasta da un poco de risa.

—No digo lo contrario.

El notario Finegan hizo entonces un suave movimiento con las manos, cortando la conversación.

—¿Qué quieres decir?

—Dejen de pensar en eso. No es posible que esa compra tenga nada que ver con la desaparición de tío Jekyll.

—De acuerdo, pero...

—Hay algo acerca de tío Jekyll que no les he dicho aún.

Los dos amigos hicieron un gesto de atención, acercando instintivamente la cabeza hacia el notario.

—¿Qué es ello?

—Sencillamente, que tío Jekyll iba a casarse.

—¿Casarse? Nunca habíamos oído hablar de una cosa así. ¡Pero si él rondaba los sesenta años!

—Se conservaba muy joven, no lo olviden. Yo le he visto cargarse a la espalda troncos que hombres jóvenes no podían mover siquiera.

—De todos modos él era un solterón empedernido. Eso sí que lo habíamos oído decir.

—Pues iba a casarse. Estoy seguro porque me había pedido consejo. La novia estaba tan enamorada de él que no le dejaba ni a sol ni a sombra. Un caso de locura.

Jim arqueó las cejas, sin saber qué pensar.

—Me gustaría conocer a esa mujer —dijo.

—Nada más fácil.

—¿Es que vive en Phoenix o en algún rancho de las cercanías?

—En Phoenix.

—Magnífico. ¿Cómo se llama? ¿Dónde se la puede encontrar?

—Se llama señorita Simpson. Su padre tiene una armería en el centro de la calle principal, la cual podrán reconocer fácilmente porque lleva el apellido sobre el rótulo de la puerta. Generalmente es Elena Simpson la que está en la caja, por lo que podrán verla a su gusto, si se dan prisa en llegar allí.

Karl depositó sobre la mesa el importe de las consumisiones y dijo a su amigo:

—Vamos.

—¿Por qué tanta prisa?

—Tengo curiosidad por ver a la mujer que estaba loca por tío Jekyll. ¿Cómo ha dicho que se llamaba, Finegan?

—Señorita Simpson.

—Tiene gracia. ¡Menudo loro debe estar hecha!

—Eso usted mismo lo comprobará.

Ambos amigos salieron del edificio y se dirigieron a pie hacia Phoenix, pues habían devuelto ya los caballos alquilados. La casa de donde acababan de salir estaba mucho más cerca de la ciudad que el desfiladero donde habían cometido el atraco, pero aun así tardaron en llegar a Phoenix alrededor de una hora.

—¿Crees que Lucy nos verá juntos? —preguntó Jim.

—No es posible. Ella vive como una señorita decente. Seguro que a estas horas ya está encerrada bajo llave en su habitación.

Al pasar por delante de un lujoso *saloon* vieron atados a dos amarraderos hasta doce caballos que presentaban todos el mismo síntoma: desgarraduras innecesarias causadas por las espuelas en su ijares. Desde luego, los tipos que los habían montado no tenían ni idea de lo que un caballo necesita.

—Deben ser las monturas de la docena de individuos que vimos hace un rato —dijo Karl—. Alguno de ellos habrá ido por tierra, después de castigar de ese modo a los caballos.

—Y si encima le has arrastrado, le habrá estado bien.

Los individuos en cuestión debían estar divirtiéndose dentro del *saloon,* pero los dos amigos no estaban para perder el tiempo

pensando en ellos. En este momento acababan de distinguir el rótulo de la «Armería de Simpson», cuyas puertas se mostraban aún abiertas al público.

Los dos amigos entraron. Todo el armamento con que habían realizado el asalto era alquilado también, de modo que ahora no llevaban un mal cortaplumas. Los dos o tres cachivaches de hacer «pum» que había en Rancho Perdido les daba manía sacarlos de allí. Por eso pensaron comprar ahora un revólver nuevo.

Un vejete con barba de chivo les recibió.

—¿Qué desean?

—Comprar un «Colt» calibre 45.

—Un momento. Tengo aquí lo mejor.

Karl se volvió en ese momento hacia la caja, como quien no quiere la cosa, y se quedó sin respiración. Sólo tuvo fuerzas para dar un codazo a su amigo.

—¡Eh, tú...! ¡Mira...!

En ese momento volvía el vejete, llevando en las manos un «Colt» que era una verdadera pieza de artillería.

—¿Es... es esa su hija, la señorita Simpson? —se atrevió a preguntar Karl.

—Sí. ¿Por qué?

—¡Oh, no! Por nada...

Pero la verdad era que ninguno de los dos sabía lo que le estaba ocurriendo.

Porque la muchacha que estaba tras la caja era la más despampanante que habían visto en todos los días de su vida.

Capítulo VII
DOCE FORASTEROS

El hombre que acababa de salir del *saloon* se acercó a los caballos sujetos al amarradero, dio a uno de ellos un puntapié y lanzó una carcajada, poniéndose a cubierto de las coces, cuando el pobre animal relinchó de dolor.

Otros dos tipos que estaban en la puerta, rieron también.

—Le tienes rabia, ¿eh, Hack?

—Me ha tirado dos veces. ¡El muy maldito!

—Eso te ha ocurrido por no saber montarlo. Le has castigado mucho con la espuela.

—Vosotros también.

—¡Pero es que nosotros pesamos menos...!

Y los otros dos tipos se pusieron a reír desde la puerta. Alguien les coreó en el interior. Tras los batientes, el resto de los doce hombres, todos cubiertos de polvo, estaban besando a unas bailarinas.

En este momento eran casi los únicos clientes de aquel *saloon,* demasiado caro para el nivel medio de los habitantes de la ciudad.

El que había golpeado al caballo volvió hacia la puerta con ademanes agresivos, haciendo incluso el gesto de llevarse la mano derecha bajo la levita, donde debía haber una funda axilar.

Sólo esto puso ya de manifiesto que aquellos hombres no eran gente del Oeste. No llevaban sus armas al cinto, como era normal allí, sino en una funda sobaquera, al estilo de las ciudades populosas del Este, donde era normal el asesinato, pero no el desafío.

—¡Vosotros, a ver si os calláis!

—Está bien, hombre, está bien... No hay que ponerse así, para el poco tiempo que estaremos en este pueblo.

—Pero puede que alguno se quede aquí para siempre.

En ese momento un hombre bien vestido, de mirada aguileña, apareció en la puerta.

—No admito discusiones —dijo con voz silbante—.

Si alguien no está a gusto conmigo y con sus compañeros puede largarse por donde ha venido.

Jack dirigió al recién aparecido una sonrisa cuadrada.

—Largarse ahora es muy peligroso, jefe. Los trenes atraviesan territorio indio.

—Y al venir aquí, ¿no lo atravesaban?

—Pero éramos doce. Eso daba confianza, por si el convoy era atacado. Yo no vuelvo solo a la costa atlántica.

—Es que no tendrías que preocuparte de los indios —dijo el de la puerta—. Antes de que llegases a verlos, yo ya te habría volado la cabeza de dos balazos.

Las sonrisas de los que escuchaban la conversación cesaron. El hombre de la mirada aguileña volvió al interior del *saloon.*

Este estaba totalmente ocupado por sus hombres, pues no había más clientes a pesar de la hora relativamente temprana. Las bailarinas habían dejado de actuar en el pequeño escenario y se movían perezosamente entre los brazos de los pistoleros, al compás de una música desgranada por una pianola. Algunas de las muchachas recibían con indiferencia besos en la boca. Dan Puskam paseó por el local su mirada penetrante, parecida a la de los buitres cuando avizoran su presa. No le gustaba aquella afición de sus hombres por las bailarinas del Oeste. Antes de ponerse a trabajar estaban demostrando ya una excesiva preferencia por las diversiones que les ofrecía Phoenix.

—¡No hemos venido aquí a perder el tiempo! —gritó—. Retiraos todos a descansar. Mañana habrá trabajo.

Con desgana, los pistoleros fueron soltando a las bailarinas. Algunos de ellos se hallaban medio borrachos ya, a pesar de que hacía muy poco tiempo que estaban en la ciudad. El gasto que habían hecho en el *saloon* era considerable, a cuenta del elevado precio que Dan Puskam había prometido pagarles por su trabajo.

—Los licores son más fuertes aquí que en Boston, jefe —dijo uno de ellos—. Marean en seguida.

—Pues procura que el mareo se te haya pasado mañana, cuando tengas que actuar, o puede que te dejes la piel en Phoenix.

Los hombres de Dan Puskam, todos bien vestidos, se habían congregado alrededor de éste. Las bailarinas y los camareros los miraban con curiosidad, pues quizá nunca habían visto allí a tantos tipos con caras de asesino y trajes de banquero.

—No nos ha dicho para qué hemos venido aquí, jefe —murmuró uno de ellos—. Hemos hecho un viaje de varios días y aún no

sabemos para qué.

—¿Tanto os importa? ¿No os pago bien?

—Sí, jefe, pero si vamos a actuar mañana...

—¿Tú fuiste a una agencia de detectives a pedir que averiguaran urgentemente el paradero de una mujer, ¿no es así?

—Exacto, pero, ¿es que hemos venido a Phoenix sólo por unas faldas?

—Algo así.

—¿Qué tiene que ver esa mujer con nosotros? —preguntó en voz baja un segundo pistolero.

—Vamos a matarla.

Once hombres dirigieron a Puskam una mirada de curiosidad, como si no creyeran lo que estaban oyendo.

Uno susurró:

—¿Para matar a una sola mujer... hemos venido doce hombres?

—Podéis ser necesarios.

—No vemos para qué.

—Esa mujer tiene mucho dinero. Puede contratar a tantos hombres como necesite para que la defiendan.

—Encontrar hombres que sepan manejar las armas no es fácil ni siquiera en Phoenix —dijo uno de los pistoleros con bastante sentido común—. Necesitará tiempo para eso.

—Y nosotros no vamos a dejárselo. Esta misma noche localizaré el hotel donde está. Mañana... la exterminaremos.

* * *

Karl, todavía con la boca abierta, dominado por el asombro, contemplaba a la muchacha que estaba en el sitio destinado a la cajera, en la armería Simpson.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el vejete, esgrimiendo el «Colt»—. ¿Por qué me ha preguntado si era la señorita Simpson?

—Simple... curiosidad.

—Pues sí: es la señorita Simpson

—¿Su hija?

—Mi hija.

—¡Diablos! Pues es una buena escopeta. Me la quedo.

—¡Oiga! No voy a consentirle que...

—No me insulta —dijo la muchacha. Y todos pudieron oír entonces su armoniosa voz— Sólo dice que le gusto. No creo que eso

sea ningún pecado.

—Pero lo dice de un modo que da ganas de dispararle este «Colt» a la cabeza.

Karl empleó su voz más respetuosa para preguntar:

—¿Me toma por sinvergüenza?

—¡Le tomo por cualquier cosa menos por un caballero!

—¿No iba esta señorita a casarse con Jekyll, el de Rancho Perdido?

El vejete se atusó la barba.

—Sí —dijo al fin.

—Pues Jekyll era mi tío. Yo soy su heredero y vivo ahora en el rancho. ¿Por qué no se casa esta señorita conmigo?

Desde el sitio de la cajera, otra vez la voz armoniosa se volvió a oír:

—¿Está usted loco?

—No veo por qué. Yo soy un hombre joven y soltero y usted es la muchacha más bonita que he conocido. Más bonita incluso que prima Lucy.

—Tu prima Lucy es descomunal —corrigió Jim.

—¡De todas maneras insisto en que está usted loco!

—¿Por qué iba usted a casarse con tío Jekyll?

—Pues... pues...

—No me hará creer que era por el dinero. El no tenía.

La muchacha no supo contestar y se mordió los labios visiblemente confusa.

—Uno se hace el firme propósito de ser soltero hasta que encuentra a la mujer de su vida —siguió insistiendo Karl— y entonces todos sus propósitos se van al diablo. Y uno nota que ha encontrado a la mujer de su destino porque siente como un pinchazo en el corazón. Es algo que no puede negarse. Yo estoy sintiendo ese pinchazo desde que la he visto a usted.

—Pero... ¡eso es absurdo! A nadie le basta con cinco minutos para enamorarse de una mujer.

—A mí sí, quizá porque antes de ahora no me había enamorado nunca.

El vejete y Jim asistían a aquel diálogo con la boca abierta, sin saber si Karl hablaba en serio o se reía solamente de la muchacha.

Pero Karl estaba hablando en serio. Era verdad lo del pinchazo

en el corazón. Era verdad lo de que al ver a aquella mujer había sentido algo que antes jamás sintió. Y no era sólo porque la mujer fuese endiabladamente bonita. También era porque tenía cara de sufrimiento, porque había en sus ojos como un dolor, como un triste secreto que quizá sólo él había comprendido. No hubiera sabido explicar porqué, pero tenía la sensación de que aquella muchacha necesitaba ser protegida. Sus ojos suplicaban. Karl sabía de un modo misterioso que si él la abandonaba, aquella muchacha moriría.

—Pero, ¿por qué habla de matrimonio? —preguntó ella, como si tradujera sus pensamientos.

—Cierto, ¿por qué hablar de matrimonio? —preguntó tímidamente Jim.

—Siempre tuve la sensación de que encontraría una mujer así —musitó Karl—; todos hemos soñado con una mujer determinada, y ésta es la que yo vi cuando aún era lo bastante buen chico para soñar.

Avanzó un paso hacia la muchacha y preguntó:

—¿Cuál es su nombre, señorita Simpson?

—E... Elena.

—Elena, ¿quieres casarte conmigo?

La pregunta de Karl era desusada, puesto que apenas hacía diez minutos que conocía a la mujer. Pero mucho más desusada y sorprendente fue la respuesta que ella dio.

—Sí —dijo.

Jim quedó boquiabierto. Y la verdad es que Karl también.

—Accedo a casarme —dijo la muchacha—. Soy mayor de edad y puedo hacerlo sin consentimiento de nadie.

El dueño de la armería dejó caer el revólver al suelo y miró fijamente a Karl.

—¿Accede usted a casarse con Elena Simpson? —preguntó.

—Sí, pues claro que sí. ¿Por qué lo pregunta con esa cara?

—Por nada. ¿Se presentará mañana ante el juez y pasado mañana en la iglesia?

—¡Pues claro que sí!

—Entonces lárguese. Le prometo que ella irá también.

—Pero...

—¡Lárguese! ¡Mañana verá a Elena Simpson todo lo que quiera!

—Es que éste va a ser un noviazgo más corto de lo que creía. ¿No

puedo hablar con ella ni siquiera cinco minutos?

—Ya hablará mañana.

—Te suplico que lo hagas así —pidió la muchacha—. ¡Todo ha sido tan extraño esta noche! No lo compliquemos más.

Karl sonrió, hizo un saludo al viejo y fue a dirigirse hacia la puerta. Pero el dueño le llamó antes de que saliera.

—¡Eh, oiga, no se ha llevado el revólver aún!

—Verá, a final quizá será mejor no comprarlo.

—Nada le costará. Es mi regalo de bodas.

—Vaya regalo más extraño…

—Es que veo que va desarmado, y eso es peligroso. Le regalaré también un cinto y balas.

—¡Ni que tuviese miedo de que fueran a matarme! ¿Es que quiere que le dure hasta mañana?

—Tengo el mayor interés.

Introdujo el revólver en un cinto repleto de balas y lo tendió a Karl, que se lo ciñó con un seco movimiento. Otro cinto con un revólver por estrenar fue regalado a Jim, que se lo ciñó también.

La muchacha no les miraba. Tenía la cabeza vuelta, en una actitud extraña, mitad expectante, mitad tímida.

Cuando hubieron salido, Jim dijo:

—No sé por qué, pero me parece que te has metido en un lio más gordo que el de los doce mil dólares.

—¿Por qué? Siempre me han dicho que cuando me case formalizaré mi vida.

—¡Pero si no tienes un centavo!

—Trabajaremos Rancho Perdido. Ya oíste decir a Finegan que da lo suficiente para vivir.

—Dime: ¿qué es lo que te ha impulsado hacia esa chica?

—No sabría explicártelo ni aunque hablase dos horas. Ha debido ser como una especie de flechazo, si es que eso existe. Pero además me he dado cuenta de que ella me necesitaba. He sentido que no debía abandonarla.

—Pues repito que te has metido en un buen lío.

—Ves las cosas con demasiado pesimismo.

—Aquel viejo te ha mirado de una forma extraña. Ya veremos mañana lo que ocurre, pero por lo pronto creo que te acordarás de mis palabras.

Karl se hubiera dado cuenta de que Jim tenía razón si hubiese podido ver lo que en este momento ocurría en el interior de la armería Simpson.

Una mujer de unos cuarenta años, gorda, con las piernas torcidas por lo que podía verse, y con una verruga en cada mejilla, había aparecido por entre los cortinajes existentes, tras el mostrador, abalanzándose en brazos del vejete de la barba.

—¡Papá! ¡Papá!

—Hija mía, ¿es que lo has oído todo?

—¡Sí, papá! ¡Y ese hombre me gusta!

—Mucho más que su tío Jekyll, ¿eh? Este es joven y todo un tipo.

La mujer reía, y las dos verrugas de sus mejillas se inflamaban a cada carcajada.

—¿Crees que todo saldrá bien, papá?

—¡El ha prometido casarse con Elena Simpson y Elena Simpson eres tú!

Los rostros de padre e hija se volvieron entonces hacia la muchacha que, con los ojos cerrados, seguía quieta junto a la caja.

—Hace sólo una hora que la conocemos y ya nos ha traído suerte —dijo el vejete—. Cuando mi hija iba a casarse, su novio murió. Ahora usted le ha traído otro.

—Me alegro, me alegro mucho —repuso la muchacha con apenas un soplo de voz.

—Le hemos, prestado ayuda, pero aún no sabemos exactamente por qué —musitó Simpson—. Usted ha venido hace poco más de una hora suplicándonos que le diéramos cobijo, y que si algún desconocido preguntara por usted no le indicáramos su verdadero nombre, sino otro falso. ¿No es cierto?

—Eso… es lo que dije.

—¿Por qué lo pidió?

—Necesito crearme una personalidad falsa aquí. Lo necesito si quiero seguir viviendo. Un pistolero que no me ha visto nunca, pero que conoce mi nombre, viene tras mis huellas para matarme.

—¿Por qué quiere matarla?

—Es una triste historia, y no quiero amargarles con ella. Ustedes han sido muy buenos conmigo. Si me dejan dormir una sola noche aquí, les juro que mañana se verán libres de mi presencia.

—Oiga…, ¿y por qué ha dicho a ese hombre que se casaría con

él?

—Ha sido un impulso repentino, una de esas cosas que salen del corazón y que una dice sin saber por qué. El tenía un rostro simpático y noble. He pensado entonces que hubiera sido hermoso estar casada con él. Y me he dejado llevar por este pensamiento hermoso... ¡ya que van a matarme de todos modos, y nunca más volveré a pensar!

Simpson quedó un momento silencioso, como si tratara de consolarla. Pero la voz plañidera de su hija le distrajo.

—¿Crees que ese hombre no se volverá atrás en cuanto me vea, papá? ¿Crees que de verdad se casará conmigo?

—Claro que sí —dijo Simpson—. Tengo una idea que no puede fallar. ¿Sabes? Ni siquiera llegará a verte. Le diré que estás enferma y se casará por poderes. ¡Cuando se dé cuenta ya no habrá quien le salve de tus brazos amorosos, que por cierto pesan media tonelada!

Capítulo VIII
UNA MUJER VA A MORIR

Los doce hombres estaban reunidos en el vestíbulo del hotel. Tenían un extraño aspecto, tan bien vestidos pero con cara de rufianes y marcándoseles los revólveres bajo las solapas. Recelando algo desagradable y no queriendo líos, el dueño del hotel les había dejado solos.

Dan Puskam se anudó bien el lazo de su camisa y anunció:

—Ya sé dónde se hospeda esa mujer.

—¿Dónde?

—En el mejor hotel de la ciudad, el Prince. Llegó anoche, como supusimos, y no se ha movido de su habitación. Por tanto, es de suponer que no habrá contratado a ningún pistolero para que la defienda.

—Entonces el trabajo será sencillo.

—Eso espero.

—¿Cómo hemos de hacerlo? —preguntó el que se hallaba más cerca.

Por el tono aburrido de su voz, diríase que estaban hablando de cómo jugar una partida de cricket.

—Yo dispararé —dijo Puskam—. Es cosa mía. Vosotros no tenéis que hacer más que cubrirme.

—Pues habrá buena protección, ¿eh? —rió uno.

—Cállate, imbécil.

El pistolero se calló.

—Iremos por distintas calles —dijo Puskam— y nos concentraremos todos en el porche del Prince. No hay posibilidad de confundirse, porque tiene un cartel con el nombre más grande que el Capitolio de Washington. Una vez allí entraré yo solo.

—¿Nada más?

—Sabéis de sobra cómo protegerme. Nada más.

—¿Y la retirada?

—A caballo. He oído decir que el *sheriff* no tiene ninguna energía. No se atreverá a perseguir a doce hombres.

Y sin hacer ningún comentario más, comprobó el bulto que el revólver hacía bajo su levita y salió de la habitación, encaminándose

hacia la puerta del hotel. Discretamente, en grupos de dos o tres, sus hombres le siguieron poco a poco.

En aquellos momentos, en una habitación del mismo hotel, Karl se estaba cepillando su única levita.

—¿Estás decidido? —preguntó Jim, mirándole pensativamente desde la cama.

—Sí.

—Es que verás... Esto es como para echarse a llorar.

—No veo la razón.

—Siempre hemos sido buenos amigos. Ahora tú serás un hombre casado, y la vida se va a convertir en un aburrimiento. Yo estaré de más, no hace falta que me lo digas.

—Por el contrario, vas a hacerme mucha falta. Entre los dos hemos de levantar Rancho Perdido.

—¡Bah! ¡Maldito pedazo de tierra!

—¿Olvidas que nos pertenece por igual? Los dos hemos de trabajar unidos, y nuestros esfuerzos se verán recompensados. De pequeñito siempre me decían que el que trabaja triunfa.

—Vete tú fiando de las cosas que te decían cuando eras pequeñito.

—No seas pesimista, hombre. ¿Te arreglas para venir?

—No. Yo no quiero ser testigo de ese desastre.

—Piensa que luego te obligaré a besar a la novia.

—Luego, cuando ya todo sea irremediable, me resignaré. Pero déjame al menos que proteste ahora.

—En resumen, ¿no vienes?

—No te enfades, pero no.

—Está bien, como quieras.

—Tengo que invitar a prima Lucy —dijo—; ella es en Phoenix mi más cercana parienta.

—Pues sólo faltaba eso.

—No me perdonaría si no lo hiciese. Se hospeda en el Prince. Voy a pasar a buscarla.

—Llévate el revólver, anda.

—¿El «Colt»? ¿Para qué?

—Por si Lucy te muerde..., aunque ojalá me mordiera a mí.

Karl se encogió de hombros, pero al fin se ciñó el cinto con el revólver y salió de la habitación.

Capítulo IX

DOS CIUDADANOS DEL OESTE

Karl salió del hotel donde había pasado la noche y se encaminó al Prince, cuyo enorme rótulo de letras doradas destacaba al sol.

No le agradaba la entrevista con Lucy porque representaba todo lo que él había odiado siempre en la familia: la presunción, el orgullo y el afán de atesorar dinero a costa de lo que fuese. Pero tenía que invitarla y de este modo disiparía también sus sospechas.

No le importaba en absoluto haberle «pedido prestados» doce mil dólares. El padre de Lucy los había ganado a veces por medios muy poco limpios —lo que en el lenguaje de los negocios se llama «un buen golpe»— y no dejaba de ser justo que aquella suma fuese a parar al fin a una escuela.

Por otra parte, todo le estaba saliendo bien. Lucy no había ido a Rancho Perdido la noche anterior, como él temía. Hubiera sido muy fastidioso que hubiese ido sin encontrarse allí. Ahora le hablaría de su próxima boda y todo parecería cordial y hasta amistoso.

Karl, pues, se encontraba animado esta mañana por tan lisonjeros pensamientos, mientras sus pasos le llevaban al Prince, que estaba un par de manzanas más allá y cuyos cristales brillaban alegremente al sol.

Pero de pronto, cuando iba a descender del porche para cruzar la calle, se tropezó con un tipo que llevaba en sus brazos un gato negro.

Aquel tipo, aunque era joven, estaba mustio y triste, y le pidió perdón quitándose el sombrero.

—Usted es el que debe perdonarme —dijo Karl—. Yo iba distraído.

—Pero es usted el que ha perdido con el choque.

—¿Yo? Si no me he hecho nada…

El tipo aquel le miró con unos ojos inmensamente tristes, que parecía fuesen a echarse a llorar de un momento a otro. Y, cosa extraña, su gato negro miraba de la misma manera.

—Usted es el que ha perdido con el choque —repitió— porque

yo traigo la mala suerte.

—¿Qué...?

—Sí, amigo, lo siento por usted. Yo soy Jeremías Duncan, el tipo más desgraciado de todo el Oeste. Siempre he tenido una mala suerte espantosa, y por si eso fuera poco la transmito a los demás.

Karl trató de sonreír y se echó sobre la nuca su inmaculado sombrero blanco.

—Bueno, hombre, no hay para ponerse así. Todo eso serán figuraciones suyas.

—No, no lo crea... Trabajé cierta vez en una mina, en territorio de Nevada, y la misma se hundió sepultando a once hombres. Me fui un poco más al sur, a México, y me uní a una partida de contrabandistas. Durante la primera noche que trabajaba con ellos los cercaron y los achicharraron a todos. Posteriormente fui a felicitar a mi hermano, que iba a casarse. Pues dos horas antes de la boda le dio un síncope y la palmó, aparte de que la novia murió poco después al caerle encima una viga. Vine aquí, a Phoenix, y me hospedé en una casa particular que se incendió al primer día. Crea que ya no sé qué hacer. Tipo con el que hablo, tipo que va al cementerio.

Karl volvió a ponerse el sombrero bien, y la sonrisa que había empezado a insinuar se le fue helando poco a poco en los labios.

—¿Estás seguro? ¿No se trata de una broma?

—¿Tengo yo cara de gastar bromas? —preguntó Jeremías, echándose casi a llorar.

—No, desde luego que no. Pero debe animarse, hombre. Todo eso no son más que casualidades.

—Eso mismo decía el *sheriff,* cuando trataba de consolarme no hace ni diez minutos. Y acaban de matarlo.

—¿Que acaban de matar al *sheriff*? —preguntó Karl con gesto de incredulidad.

—Sí, una especie de loco del gatillo, un tipo que acaba de llegar a la ciudad. Sólo porque el *sheriff* le ha preguntado cuánto tiempo pensaba quedarse aquí, le ha clavado una bala entre las cejas. Todo el mundo dice que tiene que ser un maníaco, pero lo que yo digo es que si el *sheriff* no hubiese hablado conmigo no se habría tropezado con él.

Karl, algo pálido por la sorpresa, susurró, pensando en voz alta:

—Antes había poco respeto a la ley en Phoenix, pero ahora, después de la muerte del *sheriff,* no habrá ni rastro…

—Tiene razón, amigo. Y guárdese. Encontrarse con Jeremías Duncan es peor que encontrarse con la misma muerte. Yo soy un desgraciado y transmito la desgracia a los otros. Métase en cama y no se mueva de allí hasta que yo esté a cien millas por lo menos.

—No se lo tome así… Sus desgracias no serán tan grandes.

—No puede imaginárselo. Además, por si fuera poco, fumo como una chimenea y he perdido mi bolsa de tabaco.

—Está bien, amigo, no se moleste en comprar otra —dijo Karl, animado de la mejor voluntad—. Para que vea que no todo es mala suerte, le voy a regalar la mía.

Y puso su bolsa de tabaco, llena hasta la mitad, en manos de Jeremías Duncan.

—Gracias —murmuró éste—. Es usted una persona amable y por tanto condenada a morir. ¿Puede saberse a dónde va y cuál es el lugar que ha elegido para que le dan el tiro de gracia?

—Pues… ahora iba al hotel Prince…

—Entonces es seguro que encontrará allí a una docena de individuos dispuestos a acribillarle. Pero es el destino, amigo, y contra eso no se puede hacer nada.

Rece usted y confórmese ante lo inevitable. ¡Ah! Gracias por el tabaco. Lamento mucho haberle conocido.

Jeremías Duncan acarició a su gato negro, que en vez de alegrarse emitió un maullido plañidero, y haciendo una reverencia se alejó de allí ante la mirada atónita de Karl.

Este necesitó un largo minuto para reaccionar de su sorpresa.

Luego miró al edificio del hotel Prince, cuyos cristales seguían reluciendo alegremente al sol.

¿Y si aquel tipo tenía razón? ¿Y si de verdad le aguardaban una docena de pistoleros?

Karl, encogiéndose de hombros, comprobó la carga de su revólver.

* * *

Lucy estaba realizando una tarea extremadamente femenina cuando la puerta empezó a abrirse sin que ella se diera cuenta: comprobaba ante un espejo si estaban bien rectas las costuras de sus medias.

De pronto la puerta de la habitación se abrió, y Lucy lanzó un grito mientras ordenaba instantáneamente sus ropas.

En el umbral, ante sus ojos atónitos, apareció la elegante figura de Dan Puskam.

—Hola, Lucy.

Lucy se había quedado sin habla. Quiso decir algo, y hasta llegó a mover los labios, pero no pudo hablar.

—¿Cómo,.., cómo has dado conmigo? —susurró al fin.

Dan Puskam hizo una cortés inclinación de cabeza y entró, pero sin cerrar del todo la puerta.

—Muy sencillo; tú crees ser una mujer lista, pero todo viaje deja huellas. De seguirlas se encargó una agencia de detectives, que a las pocas horas me había informado de la dirección que acababas de tomar. Salí dos días más tarde, pero como mis hombres y yo hemos hecho gran parte del viaje en tren, hemos llegado casi al mismo tiempo.

—¿Tus... hombres y tú?

—¿Te parece extraño?

—Sabía que eras un miserable, Puskam, y uno de los cobardes más grandes que han pisado esta tierra. Pero nunca hubiese creído que para matar a una mujer necesitaras la ayuda de tus perros de caza.

—Es simple precaución, nena...

Los dientes de Puskam brillaban tenuemente, puesto que le daba en la cara el sol que entraba por una de las ventanas. Visto así, a unos pasos de distancia, tenía algo que le hacía parecerse a una fiera.

—Lo único que ahora lamento es que seas tan bonita —susurró —. Pude haberme casado contigo o pude haberte hecho una mujer cuyo nombre fuera pronunciado con temor en Boston. Pero tú no has querido ser mi esposa. Tú has preferido ser... ¡un cadáver!

Lucy no gritó, a pesar de que sabía lo que iba a suceder. Tenía demasiado orgullo para demostrar miedo ante un bicho semejante. A veces el orgullo deja de ser un defecto y se convierte en una gran virtud.

Y en estos momentos, Lucy Keller, ante la inminencia de su muerte, no era una mujer, sino una reina.

Hizo un gesto desdeñoso con los labios cuando vio a Puskam

sacar el revólver de la funda sobaquera.

—Y lo único que yo lamento —dijo—, es morir aquí, en una habitación alquilada. Habría preferido morir en el salón principal de mi casa.

Puskam sonrió siniestramente, apuntándola ya.

Aunque la veía con perfecta claridad, el sol le daba en la cara. Y Puskam era muy precavido, tanto, que no se fiaba ni siquiera de una mujer desarmada. Pensó que sería mejor verla con perfecta claridad, no fuera que Lucy diese un salto en el último instante y él hiciera los primeros disparos en vano.

Fue hacia la ventana, sin dejar de sonreír, y vio que la calle estaba tranquila. A pesar de que esa ventana daba sobre el tejado del porche, y ello dificultaba un poco la visibilidad, logró distinguir a dos de sus hombres que montaban guardia en la esquina.

Todo era perfecto, nada podía fallar.

Bajó un poco la persianilla de cuero, de modo que el sol no entrara con tanta intensidad, y apuntó a Lucy.

Esta estaba quieta, mirándole desafiante, con una sonrisa desdeñosa en los labios.

Puskam fue a apretar el gatillo, apuntando directamente a la boca de Lucy para borrar salvajemente al primer disparo aquella sonrisa que le crispaba los nervios,

Y en ese momento se oyó un fenomenal estrépito en la ventana, como si todo el hotel empezara a hundirse.

Puskam tardó unas fracciones de segundo en comprender que alguien había saltado desde el tejado del edificio hasta el tejado del porche, hundiendo este último con su peso. Era, sin duda, alguien que trataba de entrar por la ventana empleando la vía más directa.

Varió la dirección de su revólver, apuntando hacia la ventana y haciendo fuego contra ella. Un tintineo de cristales rotos fue la única respuesta que obtuvo su disparo. Puskam, aullando, corrió hacia allí, buscando vaciar toda la carga de su revólver en el cuerpo de quien fuera, pero al llegar a la ventana lanzó un grito de rabia.

Alguien había lanzado desde el tejado del hotel un gran saco de arena —se estaban realizando obras allí— y el peso de éste había hundido en parte una zona del porche. Instantáneamente, Puskam se dio cuenta de que tenía que habérselas con un enemigo listo. Con todas sus fuerzas gritó, mirando hacia la puerta:

—¡La ventana del pasillo! ¡Cuidado! ¡La ventana del pasillo!

Dos disparos retumbaron junto a la entrada de la habitación cuando aún no había terminado de pronunciar esta frase. Se oyó un doble alarido, y en ese momento la puerta se abrió del todo. Uno de los dos hombres que le habían acompañado hasta allí entró bamboleándose, con la cara completamente bañada en sangre.

—¡Puskam! —logró gritar.

La bala le había entrado por un ojo, el cual era ahora un espantoso agujero del cual brotaba la sangre. Puskam lanzó un grito de horror. Vio en el umbral las piernas rígidas del otro pistolero, que estaba ya muerto. El de la puerta hizo una extraña pirueta y cayó, quedando inmóvil en tierra.

Puskam sabía que aún le quedaban nueve hombres, pero estaban todos mal situados para defenderle. Si el tipo que acababa de entrar por la ventana del corredor llegaba a la habitación, podía considerarse perdido.

Por eso hizo lo único que podía hacer: saltar hacia la ventana mientras disparaba rabiosamente hacia la puerta.

Lucy le insultó:

—¡Cobarde!

Casi sin darse cuenta, Puskam se encontró rodando por el tejado del porche y a punto de caer por el hueco que había abierto el saco de arena. Pero, a pesar de eso, Puskam no perdió la serenidad. No dejó de extrañarle que la puerta de la habitación no se hubiera movido y que su desconocido adversario no hubiese entrado ya por ella.

Fue entonces, al mirar el saco de arena, cuando se dio cuenta de que estaba cazado en la ratonera. Sus labios se separaron para dar paso a un grito de horror.

El saco aún estaba atado a una cuerda, segada limpiamente por un disparo. Por lo visto, había estado suspendido sobre el tejado del porche, durante las obras, y alguien había segado de un disparo la cuerda que lo sostenía, haciéndolo caer. Si él no oyó aquel disparo fue porque se confundió, prácticamente, con el fenomenal estrépito del tejado al hundirse. Y eso significaba que el disparo había sido hecho desde la casa frontera. Significaba que sus dos hombres habían muerto a causa de unas balas que habían entrado por la ventana del corredor, después de atravesar la calle. ¡Significaba que

el enemigo estaba en un tejado frontero y que ahora él había quedado bajo el tiro de su revólver!

Puskam volvió el rostro, y en ese momento una bala le arrancó parte de la piel de la cabeza, produciéndole una horrible sensación de vértigo que le hizo rodar porche abajo.

Eso fue lo que le salvó la vida.

Inmovilizado por el terror, Puskam habría sido presa fácil para el revólver de Karl. Pero ahora, rodando como un fardo hacia abajo, evitó que el próximo disparo le volase la tapa de los sesos.

Los pistoleros que estaban de guardia en el vestíbulo del hotel, salían ahora esgrimiendo sus revólveres como una cuadrilla de lobos.

Karl los fue cazando uno a uno. Eran como muñecos del tiro al blanco, tan bien se recortaban sus figuras contra la puerta. Liquidó al primero, sin dificultad, y aún no tuvo tiempo de introducir febrilmente dos balas más en su cilindro para volar las cabezas de los dos que siguieron. Pero entonces sus enemigos se dieron cuenta del trágico juego, y se parapetaron, Karl tuvo que recargar su arma con veloces movimientos.

Dos balas silbaron junto a él, y la segunda le arrancó varios cabellos.

Las sorpresas no duran siempre. Karl había obtenido un éxito inicial gracias a su estratagema, pero ahora estaba en una situación insostenible, acorralado por los pistoleros.

Varios de ellos disparaban desde el otro lado de la calle, desde el hotel, mientras que otros estaban prácticamente debajo de sus pies, Karl calculó que aún tenía sobre él a seis enemigos, contando el que había estado a punto de asesinar a Lucy y que él no sabía aún que se llamaba Dan Puskam.

Las balas le silueteaban. El tejado formaba una pequeña inclinación y eso le ponía aún más al descubierto ante sus enemigos.

Uno de éstos apareció en el vértice superior del tejado, con el arma levantada.

En menos de un segundo lo bajó, apuntando a Karl.

Este hizo un gesto culebreante, dejándose rodar tejado abajo, y la bala se clavó en la madera a unas pulgadas de su cabeza.

El pistolero ya no volvió a apretar el gatillo.

Karl, desde el borde del tejado, hizo un solo disparo y le abrió en

dos mitades la cabeza.

Luego cayó hacia la calle, donde le aguardaban sus enemigos. Karl, al rodar hacia abajo, tuvo la sensación de que caía al abismo.

Rodó sobre el polvo, y sus dedos soltaron el revólver. De un salto felino lo recuperó, pero supo en seguida que ya era demasiado tarde.

Tres hombres corrían hacia él, con las armas preparadas. No tardarían ni un segundo en disparar.

Karl no se molestó ni en apretar el gatillo una sola vez. Podía haber matado a uno de sus enemigos, pero hubiera sido una muerte inútil. Uno sólo puede matar para salvar su vida, y en este caso la vida estaba bien condenada. ¿De qué le servía eliminar a un enemigo si iban a achicharrarle los otros dos?

Pero en ese momento sucedió algo que no esperaba. Un revólver crepitó a su espalda, desde un porche frontero al hotel. Los tres hombres, que casi estaban encima de Karl, dieron tres extraños saltos como si al cuello se les hubiera enroscado una víbora.

Cuando cayeron, apenas un segundo después, cada uno de ellos tenía un agujero rojo en mitad de la frente.

—¡Eh...! —gritó desde arriba la voz de Jim—. ¡Menos mal que se me ha ocurrido levantarme! ¿Estos son los invitados a tu boda?

Puskam, desde el porche, lanzó un aullido, e intentó lanzar al ataque a los dos únicos hombres que le quedaban.

—¡Vamos, imbéciles! ¡Acribilladlos!

Karl era el que estaba en posición más delicada, tendido en el centro de la calle, pero Jim le cubría. Ninguno de los pistoleros pudo moverse.

Karl se puso entonces en pie, de un felino salto, y empezó a avanzar en zigzag, cubriéndose con su propio fuego.

Se encontró en el porche del otro lado de la calle antes de lo que suponía. Había avanzado hasta allí como en sueños, todavía sumido en el aturdimiento de la caída, y vio repentinamente dos revólveres a unos pasos de él, apuntándole a la cabeza. Obró por instinto, dejándose caer de rodillas y tirando a ciegas hasta vaciar el cilindro de su revólver. Notó que un bulto se estremecía frente a él, pero fue como una visión lejana.

El otro enemigo se puso en pie para apuntarle mejor. Jim, desde el otro lado de la calle, lo despachó de un balazo al centro del corazón.

Dan Puskam, que nunca había vivido una situación así, no podía dar crédito a sus ojos. El olor a pólvora que llenaba la calle le pareció de pronto el olor de su propio funeral. Sin acordarse de que aún tenía un revólver, sin acordarse de nada, echó a correr como un loco hacia la esquina, buscando parapetarse tras cada objeto que hallaba en el porche. Pero aun así sólo le salvó el hecho de que Karl tuviera que recargar su revólver.

Jim lo vio demasiado tarde.

—¡Cuidado, Karl! ¡Queda uno!

—Y es el más peligroso. Déjamelo a mí.

Jim disparó cuando ya Puskam doblaba la esquina. La bala arrancó esquirlas a la madera del recodo, pero no lo alcanzó.

Una vez recargado el revólver, Karl corrió hacia aquella esquina. Pero había cometido el error de menospreciar a su enemigo. Eso estuvo a punto de costarle la vida. Ya más sereno, Puskam disparó una vez al verlo salir a toda velocidad por el recodo de la calle. Karl sintió un pinchazo en la cadera izquierda y supo en seguida que la bala le había rozado. Rabiosamente, apretó el gatillo y vio a Puskam bambolearse, aunque se dio cuenta de que le estaba engañando para que él se acercara más sin disparar. Karl no cayó en la trampa.

El dolor le hizo cojear y apoyarse en una pared. No estaba realmente herido, pero había sentido como un calambre en toda la parte izquierda del cuerpo. Vio a Puskam pegarse a la pared también, buscando escapar por la próxima esquina, que estaba sólo a unos pasos de él.

Karl gritó:

—¡Cúbrete y mátame si puedes, cobarde!

Puskam no aceptó el reto. Intentó ganar la esquina, dando la espalda al enemigo.

Karl, que hubiera podido matarle, le hizo volverse tirando contra la esquina que él iba a ganar ya. Varios trozos de madera arrancados por la bala dieron en el rostro de Puskam, que se volvió ciego de rabia y de terror. Fue entonces cuando Karl levantó de nuevo su revólver.

Puskam se encogió, poniendo fulminantemente el «Colt» en línea de tiro, y por unas fracciones de segundo dio la sensación de que iba a ser más rápido.

Pero Karl le alojó una bala entre las cejas antes de que Puskam

disparara. Tiró otra vez, y la segunda bala le penetró en el corazón. Un tercer proyectil de Karl, cuando ya su enemigo caía, le penetró por el centro de la cabeza.

Karl guardó lentamente su revólver después de soplar en el cañón.

—Sí que resulta complicado ser ciudadano del Oeste… —gruñó.

Fue entonces cuando sus ojos, al resbalar sobre la figura del muerto, vieron un espectáculo que le dejó atónito.

Su prometida, es decir, la que él conocía como Elena Simpson, la que dentro de unos momentos tenía que casarse con él, acababa de pasar por una calle lateral, mal vestida y arrastrando con sus pobres fuerzas un enorme carro de leña.

Karl sintió que le recorría una especie de frío.

¿Aquella muchacha era la que iba a casarse dentro de pocos momentos? ¿Así se preparaba su boda?

Pero sus sorpresas no habían terminado aún. Le quedaba aún la mayor, la más violenta.

Todo sucedió cuando Jim se acercó a él, mostrándole con los ojos semicerrados un destartalado edificio que había a un lado de la calle.

—¿Qué te parece esa casa? —preguntó Jim, con voz insegura.

—¿A qué viene esa pregunta tan estúpida?

—Tú contéstame. ¿Qué te parece?

—Pues que en ella no ha vivido nadie desde hace lo menos cinco años.

—Tienes razón, no ha vivido nadie. Los fantasmas no viven.

—Pero, ¿a qué viene eso? ¿Qué diablos te pasa? ¡Habla!

—He visto a alguien mirándonos desde aquella ventana.

—¿Alguien? ¡Bueno!, ¿y qué? ¿De quién se trataba?

La voz de Jim fue casi inaudible al susurrar:

—De tío Jekyll…

Capítulo X
LA CASA DE LAS SOMBRAS

Karl miró a Jim y lo vio pálido como un cadáver, lo cual indicaba que no mentía. Pero aun así, sólo se le ocurrió decir:

—Estás loco.

—Lo he visto bien, Karl; te juro que lo he visto bien. Estaba en aquella ventana y era tío Jekyll.

Karl miró el cristal de la ventana que le indicaba su amigo. Un cristal lleno de sombras y de reflejos cambiantes, capaces de engañar a cualquiera.

—Lo que has visto tú es un reflejo en el cristal; no te preocupes más.

—¿Un reflejo con la cara de tío Jekill?

—¡Pero si tú no le conocías!

—Me enseñaste cierta vez una vieja fotografía suya. Por eso he sabido que era él.

Las palabras de Jim eran tan extrañas que quizá la discusión hubiera durado largo rato, pero en este momento vino a interrumpirla la presencia de Lucy.

Lucy venía como siempre: vaporosa y envuelta en perfume, sin que en su rostro se reflejara la más mínima alteración por los hechos que habían estado a punto de costarle la vida.

Al subir los peldaños del porche tuvo que elevarse un poco la falda. Los ojos de Jim parecieron saltar de las órbitas, y no volvieron a su sitio hasta que la falda descendió.

—Creo que no os he dado las gracias por haberme salvado la vida —dijo Lucy, con desenvoltura—. Por cierto, Karl, qué sorpresa... Me he quedado sin habla al verte aparecer aquí.

—Yo... Bueno, ya sabes que te escribí...

—Sí, pero desde un sitio llamado Rancho Perdido, donde creí que me esperabas. ¿Qué estás haciendo en Phoenix?

—Ya ves: convirtiéndome en un ciudadano pacífico y virtuoso...

—¿Y quién es tu amigo?

Karl carraspeó, mientras Jim se ponía pálido. Ya los había visto juntos, que era lo que querían evitar. Y aunque Karl iba vestido con sus mejores ropas, Jim aún llevaba la camisa y el pantalón negros

con que la noche anterior ayudó a cometer el atraco.

Lucy les sonreía a los dos, como si la situación la divirtiera.

—Mi amigo se llama Jim —dijo Karl, secamente.

—Parece un hombre muy educado, ¿no?

—Con mujeres como usted es muy difícil serlo —dijo Jim, mordiéndose los labios.

—Tiene acento del Este. ¿Hace mucho que vive aquí?

—He rodado por el Oeste durante un año.

—¿Por casualidad es usted igual que Karl? ¿También lo desheredaron por sinvergüenza? ¿No es aquel tipo llamado Jim, con el cual se desafió?

—Pues... Bueno, sí. Yo soy aquel tipo.

—¡Qué casualidad! ¿Y qué tiene usted que ver con Rancho Perdido?

—Yo, nada. Pero si usted va a vivir allí, me cuelgo de una columna del porche para verla todas las mañanas.

—No es fácil que pueda ir. Dos desalmados me robaron anoche todo mi dinero.

—¡Qué granujas!

—Eso es lo que digo yo. Doce mil dólares justos. ¿Para qué los querrían?

—A lo mejor para obras de caridad —dijo Karl, intentando desviar la mirada.

—Sí, claro. Tenían aspecto de buenos chicos, a pesar del pañuelo rojo con que se cubrían.

Jim tocó su cuello, donde el pañuelo aún seguía anudado, y el color de su rostro se hizo bruscamente más rojo que el de la tela.

—No pienso ir a Rancho Perdido —dijo Lucy, con desenvoltura —. He perdido todo interés por él, aun contando con que fuera cierto lo de la herencia, lo cual dudo. ¡Hay por el mundo gente tan mentirosa...! Voy a quedarme en Phoenix un par de días, porque esto me gusta.

—¿Dices que te gusta y has estado a punto de que te acribillaran? —murmuró Karl.

—Es que he descubierto una cosa.

—¿Qué has podido descubrir?

—Que una no es inmortal, y que hasta los seres que parecían más insignificantes y despreciables, como vosotros, pueden serle útiles en

los momentos decisivos.

—Celebramos merecerte una opinión tan alta —musitó Karl, con ironía—. No sabemos ni qué decir.

—Yo tampoco, salvo que si los doce mil dólares son para obras de caridad, los doy por bien empleados. Decidlo a los del atraco, si es que los conocéis.

Hizo una suave reverencia y les dirigió la mejor de sus sonrisas.

—Adiós, caballeros.

A Jim, otra vez, casi se le salieron los ojos de las órbitas al ver la flexibilidad de movimientos de la muchacha.

—¡Eh! Oye... ¿Puedo acompañarte?

—Si eso no va a costarme doce mil dólares más, ¿por qué no?

Jim se puso a su lado dando un brinco. Hubiera ido junto a ella aunque la muchacha llevase bajo los tacones un polvorín. Pero Karl le estropeó el plan poniéndose al otro lado.

—Oye, Lucy, esto no puede quedar así —murmuró—. Tú eres una chica lista, y has adivinado más cosas de las que nosotros pensábamos. Debemos explicarte algo, y tú, al parecer, también. Vas de luto. ¿Por qué?

—Alguien asesinó a mi padre.

—¿Y no has hecho nada para vengarle?

—Ya le habéis vengado vosotros.

—¿Quieres decir que lo mató alguno de los hombres que te han atacado esta mañana?

—El último en morir. Uno que se llamaba Dan Puskam.

—Dan Puskam... Ahora lo recuerdo. Era un verdadero príncipe en el hampa de Boston.

—Y ha ido a morir bien lejos, en compañía de todos sus hombres. Espero que puedan jugar buenas partidas de naipes en el otro mundo.

—Está bien, Lucy —susurró Karl—, no lamento haber vengado a tu padre, a pesar de que éramos enemigos. Pero ahora debo confesarte una cosa que quizá haga variar nuestro destino, puesto que quedaremos en tus manos: necesito decirte que nosotros te sacamos anoche los doce mil dólares.

—Lo imaginaba.

—¿Puedo preguntarte qué piensas hacer?

—Una persona que necesita confesar en seguida sus pecados no

es una mala persona —dijo Lucy, sonriendo—. ¿Puedo saber qué os impulsó a hacer ese «trabajo»?

Entre Karl y Jim, con breves palabras, le contaron todo lo ocurrido, sin omitir un detalle. Pudieron hablar con tranquilidad, mientras caminaban, porque nadie se preocupaba ya de ellos. Muerto el *sheriff,* ninguno de sus agentes se atrevía a hacer averiguaciones sobre aquella docena de cadáveres. Tenían aspecto de tipos venidos de muy lejos… ¡Pues al cementerio con ellos y asunto concluido!

Mientras, Lucy, Karl y Jim se alejaban, pues, del escenario de la pelea, los muertos iban siendo retirados de la calle.

Cuando Lucy conoció todos los detalles de la aventura, lo único que quiso preguntar fue:

—¿Habéis enviado ya el dinero a Virginia City?

—Sí —dijo Karl—; esta mañana a primera hora he hecho una transferencia bancaria.

—Pues, entonces, todo me parece bien. No ha dejado de ser una excelente broma.

—¿Sabes, Lucy, que ya no tienes aspecto de ser tan orgullosa como antes? —musitó Karl.

—Cuando a una están a punto de matarla —sonrió ella—, le entran ganas de volverse buena chica.

Jim la miraba con ojos tan embelesados que tropezó contra una de las columnas del porche.

—¿De modo que estáis sin blanca? —preguntó ella, animando a Jim con una sonrisa.

—Sí. Hasta ahora el Oeste no nos ha probado. Todo el mundo dice que aquí hay mucho dinero a ganar, pero eso es un cuento.

—¿No hay nada a hacer ni siquiera en Rancho Perdido?

—¡Uf! ¡Aquello! El que pretenda sacar cinco centavos de allí será un idiota… Tierra estéril, reseca y con grietas donde se enterraría un caballo. Si encontráramos a alguien que nos lo comprara, lo mejor sería venderlo y viajar hacia el Este para instalarnos en Nueva York.

—Yo volveré a Boston —dijo Lucy.

—¡Si tú vuelves a Boston, yo voy a pie, nena! —gritó Jim.

Lucy no se ofendió. Por el contrario, volvió a animar a Jim con una sonrisa que le hizo tropezar contra otra columna del porche.

En ese momento, por el lado opuesto de la calle, Karl vio avanzar

hacia él a Simpson, el dueño de la armería.

—¿Sabes que iba a casarme, Lucy? —dijo precipitadamente, antes de que el hombre llegase a su altura.

—¡Caramba! Entonces, ¿vas a sentar la cabeza?

—Ha sido como un flechazo, pero además tengo la sensación de que se trata de una mujer sola, acosada y perseguida, una mujer que está en grave peligro de muerte.

—Tú te has metido en muchos líos, Karl —dijo Lucy—, aunque en todos te metiste con buena intención. ¿Te das cuenta de que de este no vas a poder salir ya más?

—Bueno, es que, además, la chica es extraordinaria. Creo que me he enamorado de ella desde el momento de verla.

En este momento, Simpson llegaba ya a su altura.

—¡Qué alegría tengo al verte, muchacho! —exclamó—. Creí que no durarías hasta hoy. ¿Ha funcionado bien el revólver?

—Por ahora, estupendamente.

—Me alegro por mi hija. Por cierto, si no te importa, tendremos que hacer la boda por poderes. Una simple fórmula, ¿sabes? Ella, de la emoción, ha caído enferma y el médico ha dicho que si se mueve de casa podría ocurrirle algo. Ya he preparado en el juzgado todos los papeles.

Karl tragó saliva lentamente cuando oyó decir a Simpson que su hija había caído enferma.

—¿Es que de la emoción también le ocurre a usted algo? —preguntó Simpson, receloso.

—¡Oh, no! Todo lo contrario; estoy contentísimo. ¿Dice que todo está arreglado ya?

—No falta un detalle.

—Pues entonces pasaré por el juzgado dentro de diez minutos. ¡Abur!

Dio medio vuelta y salió corriendo en dirección a la casa abandonada, que poco antes le señalara Jim, dejando a éste y a Lucy solos mientras Simpson se quedaba con la boca abierta.

Por fin, Karl empezaba a entender algo de todo aquello. Y empezaba a entender el por qué de la inesperada herencia de Rancho Perdido.

Fue hacia la casa, mirándola desde lejos. Tenía todo el aspecto de esos edificios medio ruinosos, a los que no se acerca nadie, porque

sólo sirven para jugar los chiquillos y a éstos les dan miedo.

La puerta parecía atrancada. Karl rompió los pocos cristales que quedaban en una ventana de la planta baja y entró por ella, esquivando una viga inestable que con la vibración se le vino encima.

La casa estaba oscura, pero vio unas crujientes escaleras que llevaban al piso superior. Aun a riesgo de romperse la crisma, subió por ellas, encontrándose en una inmensa y penumbrosa sala que antes debía haber sido granero, porque aún conservaba en cierto modo el olor fresco del maíz. .

Sentado en el centro de esa sala, en una desvencijada silla, estaba un hombre con barbita de chivo fumando tranquilamente una pipa.

—Hola, tío Jekyll —dijo Karl—. Para estar muerto tienes un aspecto excelente.

Tío Jekyll lanzó al aire una alegre bocanada de humo.

—Hola, hijo —dijo sencillamente.

Capítulo XI
ASESINO PROFESIONAL

Karl se acercó al viejo, cuyos dientes carcomidos por el tabaco asomaban en una sonrisa.

—¿Qué hay, tío Jekyll? —preguntó—. ¿Tantas ganas tenías de estar muerto?

—¡Lo que tenía era ganas de estar vivo!

Karl se apoyó en una de las columnas de madera, asegurándose de que no cedería, y volvió a preguntar:

—Tú has sido siempre un tipo de buen humor. ¿Cómo se te ocurrió esta macabra broma?

—¡Qué buen humor ni qué ocho cuartos! ¡Lo que yo he sido siempre es un tipo de mal genio! Y de broma esto no tiene nada. Tuve que ocultarme aquí con provisiones y tabaco, llenando de sangre el rancho para que creyeran que me habían asesinado... ¡Y todo para no tener que casarme! ¡Para que no me cazaran como a un conejo!

—Pero, ¿quién tenía que cazarte? ¿La hija de Simpson?

—¡Cuerno, ella misma! ¿Te parece poco?

—Yo la vi ayer y no es tan fea —arriesgó Karl.

—¿Que no es fea? Es gorda, bajita y con las piernas torcidas. Tiene una verruga en cada mejilla. ¿Y te atreves a decir que no es fea?

—Entonces no comprendo cómo le dio usted palabra de matrimonio, tío Jekyll.

—¡Yo no le di palabra de nada! ¡Yo iba a jugar cada noche una partida de naipes con su padre y por ahí se enredó todo! ¡Ella empezó a decir que éramos novios y que si no me casaba con ella me pegaría un tiro después de estrecharme entre sus brazos! Lo del tiro, pase... ¡Pero lo de los brazos, no!

—Sin embargo, hacer eso —dijo Karl— te costó desprenderte de Rancho Perdido.

Tío Jekyll lanzó una carcajada.

—¿Desprenderme de aquello? ¡Pero si no vale nada! He estado una porrada de años intentando sacarle provecho y he fracasado en toda la línea. ¡Menudo rancho! Si hay algún idiota que os lo quiera

comprar, lo vendéis y en paz. Yo, si me admitís, me largo con vosotros al Este. Eso sí, saliendo de noche para que nadie me vea.

—Claro que le admitiremos, tío Jekyll. Pero, ¿quién puede ser entonces la otra muchacha que estaba en la caja de la armería?

El vejete hizo un guiño de complicidad, dando una nueva chupada a su pija.

—¡Je, je! Yo aquí me entero de todo, Karl, aunque no lo parezca. Miro por la ventana y además oigo las conversaciones de la gente que se reúne al pie de la casa. Esa chica pidió por favor que la tuvieran un día en casa de Simpson como si fuera su hija, incluso bajo nombre falso. Por lo visto, para defender su honor, hirió a un hombre en Nevada, y éste ha enviado tras sus pasos a un asesino profesional para que la mate. Un asesino que no conoce su cara, pero sí su nombre.

—Una triste historia —susurró Karl—, y la verdad es que ya me pareció adivinarla en los ojos de esa muchacha. Pero, ¿cómo es que ha marchado de casa de Simpson? Hace poco he creído verla arrastrando un carro de leña, como si fuera una pobre bestia.

—También estoy enterado de eso —dijo Jekyll—. No puedes imaginarte la de cosas que se aprenden aquí. Ella se ha marchado porque no quería entorpecer con su presencia la felicidad de la hija de Simpson. Ha buscado en seguida trabajo, pero como no quería ser bailarina de un *saloon,* ha tenido que ocuparse en la primera faena que le han ofrecido. No creas que aquí hay muchas posibilidades para una mujer honrada, muchacho.

Los labios de Karl se apretaron, y de una forma instintiva, su mano derecha fue al revólver.

—El hombre que ha matado al *sheriff* es, sin duda, el asesino contratado para matarla a ella—susurró—. Creo que estoy perdiendo un tiempo precioso. Si no vuelvo a aparecer por aquí, tío Jekyll, esté preparado esta noche. Vendremos a buscarle.

—Gracias, hijo. Pero procura no quedarte aquí para siempre.

Karl salió. A poca distancia de allí, en la parte trasera de un *saloon,* vio el enorme carro de leña que la muchacha había arrastrado. Entró sin vacilar y la vio en las cocinas secando una interminable línea de vasos.

Ella se turbó tanto que dejó caer uno de ellos, rompiéndolo con estrépito.

—Tú... —susurró—. Creí que... te habrías casado ya.
—No he podido hacerlo porque faltaba la novia.
Ella se secó las manos nerviosamente, intentando ocultarse para que él no viera su ajado vestido.
—Es una locura... No tiene sentido nada de lo que anoche pensamos los dos.
—Entonces, ¿es que tú también lo pensaste?
—¿Yo? Pues..., creo..., creo que tal vez...
—Tal vez puedas casarte, ¿no? —preguntó Karl, con una sonrisa —. Pues, entonces, ¿a qué esperamos?
—Me esperáis a mi —dijo entonces una voz, desde la puerta.
Karl volvió el rostro hacia allí, lentamente, y lo vio entonces por primera vez. Era un tipo alto, un poco desgarbado, con los brazos largos como los de un gorila. Llevaba las fundas bajas, colocadas a la medida, y vestía pantalones tejanos y chaqueta de piel. En sus ojos y en sus labios flotaba como una sonrisa desdeñosa.
—Yo mismo os casaré para evitaros gastos —dijo—. Claro que hay un pequeño detalle: tendrá que ser después de muertos...
Karl sonrió también. Y, cosa extraña, esta vez la sonrisa de sus labios fue siniestra.
—¿Cuánto te han dado por la vida de esta mujer? —preguntó.
—¿Te importa?
—Era sólo para saber cuánto se puede dar por la tuya.
El pistolero rió, adelantando un poco su cadera izquierda.
—Me han dado tres mil dólares —dijo—. Es una mujer barata.
Su cadera izquierda se adelantó un poco más. No era hombre decidido a perder tiempo. El instinto avisó a Karl del segundo exacto en que lo inevitable sucedería.
¡Ahora!
Disparando desde la funda, jugándoselo todo a cara o cruz, Karl apretó el gatillo. Vio al pistolero «sacar», vio sus ojos acerados mirarle fijamente. El cañón del revólver del asesino se levantó. La muchacha lanzó un grito.
Pero el disparo no llegó a surgir.
De pronto, sobre la chaqueta de piel, en el lugar del corazón, se marcó una espantosa mancha roja.
El pistolero, tambaleándose, soltó su revólver, cayó a tierra y arrastró en su trágica caída una montaña de vasos.

Karl no perdió el tiempo tampoco. Tomó a la muchacha de un brazo y, sin dejarla hablar, la llevó hasta el vestíbulo del Prince.

—Aguárdame aquí —susurró—. Antes de salir de la ciudad he de hacer una cosa.

—¿Qué es lo que has de hacer? —preguntó ella, sorprendida.

—Vender un rancho.

Salió a toda velocidad nuevamente, buscó a Jim y a Lucy, que ya parecían los mejores amigos del mundo —incluso demasiado amigos para ser sólo eso—, y les explicó en breves palabras lo que había sucedido.

—Ahora hay que vender el rancho —dijo.

—Pero, ¿quién va a ser lo bastante idiota para comprarlo? —jadeó Jim, blanco como una hoja de papel.

—Conozco a un tipo chiflado que dice que trae mala suerte y siempre lleva un gato negro —explicó rápidamente Karl—. Si él se lo queda, aceptaré lo que me dé. Voy en busca del notario Finegan.

Finegan estaba en su despacho, y aceptó legalizar la operación si Karl encontraba comprador. Este, para ahorrarse palabras, no le explicó que tío Jekyll estaba vivo.

—Buscaré al tipo del gato negro —dijo.

No fue difícil encontrarle, porque el hombre estaba sentado en un *saloon* intentando hacer beber a su gato un vaso de whisky. Cuando Karl le habló de la venta de Rancho Perdido, el otro por poco se echa a llorar.

—Pero si yo traigo mala suerte... Aquello se incendiará. Aún me queda parte de su tabaco. Pues, bien: seguro que echo un cigarro a tierra y empieza a brotar fuego.

—Por mí que se queme si quiere. Pienso estar únicamente media hora más en la ciudad. ¿Cuánto ofrece?

—Sólo tengo mil dólares.

—Es suyo.

—Pero..., ¿por qué se ha acordado de mí? ¡Si yo traigo mala suerte!

—No creo en esas tonterías.

Finegan terminó en unos minutos la operación, Karl se embolsó los mil dólares —una verdadera miseria, por un rancho tan grande, aunque no produjera nada— y salió en busca de Jim y Lucy.

—Podemos marcharnos —dijo—. Sólo hay que buscar

disimuladamente a tío Jekyll. Tengo dinero para el viaje y para los primeros gastos en nuestra nueva vida.

—En mi carruaje cabemos todos —ofreció Lucy—. Es grande y cómodo. ¿Aceptáis?

—¡Claro que aceptamos! ¡Y aún me ha dicho aquel tipo que él traía mala suerte!

Unos minutos después estaban todos instalados en el carruaje, incluidos la muchacha del *saloon* —Mara era su nombre— y tío Jekyll, al que habían sacado envuelto en mantas, como si fuese un enfermo. Partieron a galope para que Simpson no les viese y no empezara a dispararles toda su armería encima.

Ante ellos se abría un nuevo horizonte, un panorama lleno de felicidad en el que poco antes ni se hubieran atrevido a soñar.

Por lo menos eso creían ellos.

Todo fue bien durante los dos primeros días, hasta que se detuvieron a cenar en un rancho del camino.

—Soy tan feliz… —exclamó Karl, estrechando sobre la mesa la mano de Mara—. Desde que conocí a Jeremías Duncan, aquel tipo que aseguraba traer la mala suerte, todo me ha salido bien. Voy a casarme contigo, Jim va a casarse con Lucy, tío Jekill vive, nos hemos librado de Rancho Perdido… ¡Menuda suerte! ¡Y pensar que aquel tipo pesimista dijo que en cuanto él pisara el rancho se iba a incendiar!

En aquel momento, entró un hombre cubierto de polvo en el rancho. Se dirigió a unos compañeros que estaban sentados a una mesa, y que le aguardaban pollo visto.

—Has tardado —dijo uno de ellos.

—Vosotros hubierais tardado también. ¡Menuda noticia corre por ahí! Cerca de Phoenix, en un sitio llamado Rancho Perdido, se presentó un fulano que lo acababa de comprar por mil cochinos dólares. Lanzó un cigarrillo a una de las grietas del terreno y se produjo una explosión. ¡Había allí gases inflamables, y el petróleo casi salía a flor de tierra! ¡Aquel fulano se ha convertido en archimillonario de la noche a la mañana!

Karl oyó el chasquido de sus propios dientes, al cerrársele la boca de golpe, mientras sentía como si le hubieran dado un mazazo en el cráneo.

—Un cigarrillo… —susurró—. ¡Con mi tabaco! ¡Con el tabaco

que yo mismo le di! ¡Y aquel fulano dijo que se le incendiaría todo!

—¿Qué…? —bramó tío Jekyll—. Yo, que trabajé tantos años, yo, que sólo llegué a tener una vaca, la cual os hice comprar por un amigo no fuera que os la comieseis… Yo, que nunca sos…pe…ché…

Cayó de la silla. Se había desmayado.

Y esta vez sí que estuvo a punto de morirse de verdad.

F I N

[image]